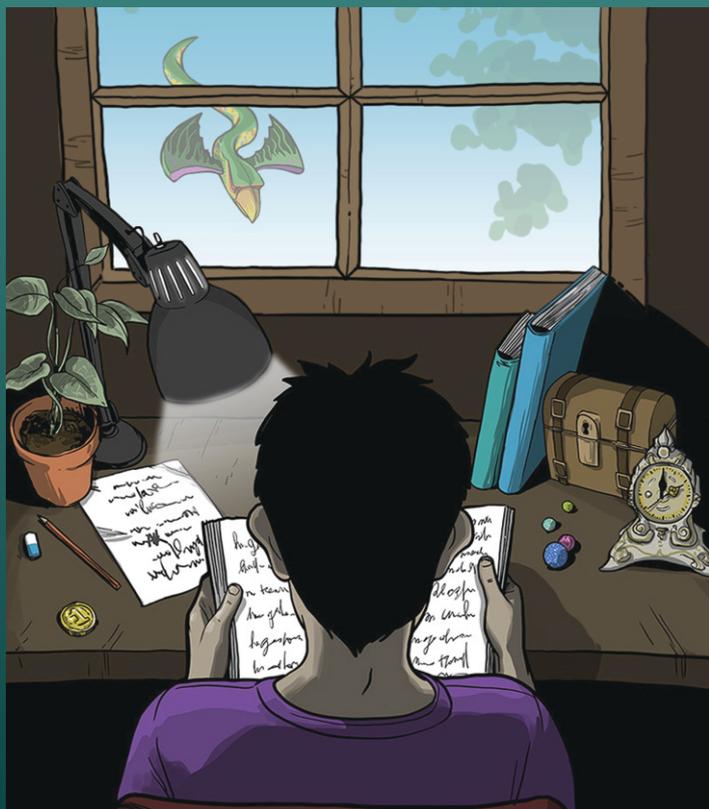


Mañana cuando amanezca



Cuentos
Jhon Jairo Angarita Ossa



Jhon Jairo Angarita Ossa

Cali (Colombia), 1981
Licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad del Valle, especialista en políticas educativas en FLACSO Argentina y en Educación Cultura y Política por la UNAD Colombia, Máster en Estudios del Desarrollo por la IHEID IMAS Suiza y Magister en Ciencias Sociales con énfasis en Educación de FLACSO Argentina. Realizó estudios de Doctorado en Ciencias de la Educación en la Universidad de Buenos Aires Argentina. Educador Popular, participó del Taller de Escritura Palabra Mayor y del Artivismo en escritura creativa. Es Cultor en literatura 2020, ganador de la beca de estímulo de la Secretaria de Cultura de Cali en Investigación en Patrimonio Cultural Inmaterial 2020. Escribió el libro infantil Cuentos para Santiago (2020). Creador del espacio radial Palabras en Distopia en la emisora virtual A ritmo de ladera.

Mañana cuando amanezca

Jhon Jairo Angarita Ossa

© Ojo de Poeta Editorial S.A.S
Cali, 2020

Mañana cuando amanezca / Angarita, Jhon Jairo. 1a ed.

Cali: Ojo de Poeta, 2020.

108 p.; 14 x 20.5 cm.

ISBN 978-958-52316-3-4

1. Narración de cuentos. 2. Ficción general y literaria.

808543

Colección Ololiuqui

Primera edición

© Ojo de Poeta Editorial S.A.S Cali, 2020

ojodepoetaeditorial@gmail.com

© Jhon Jairo Angarita Ossa

jhonjairoangaritaossa@gmail.com

Imagen de portada:

Gonzalo Gayoso (Argentina)

Diseño e impresión: Casa editorial Fusunga

Todos los derechos reservados, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente, almacenada en sistema recuperable o transmitida por ningún medio electrónico, fotocopia, grabación u otros, sin previa autorización escrita del autor.

Impreso y hecho en Colombia

A Doris, Alejita y Santi

*No hay nada grande y hermoso en la vida
que no nazca en lo humilde y pequeño...*

Constancio C. Vigil
El Erial (1915) Uruguay

Nam Myoho Renge Kyo.
Nichiren Daishonin
1253 Japón

ÍNDICE

El Basurero	11
La culpa de Emiliano	17
La más querida	21
Mañana cuando amanezca	23
El platón de Rosita	27
El juicio de la visión	29
La Tregua	35
El mal de ojo	37
Cleptómano de corazón	39
Kambray	43
Sancocho trifásico	45
La serpiente emplumada	51
El caballo de Troya	53
Las hermanas	61
El monstruo de los mangones	65
El primer día	71
Aprender	73
Elogio al fracaso	75
Misión animal	77
El extraño	79
La cura	81
La vida de Jorge	91
Juanchito	101

Prólogo

Construir historias en la cabeza mientras se transita por Cali es un buen ejercicio, que tal vez no solo hago yo, sino que lo hacen muchos más. Pero atreverse a darle vida a esos relatos plasmándolos en un escrito para que otros, muchos más, lean y conozcan acerca de la tradición de una ciudad, a eso sí, solo se arriesgan pocos.

Mañana cuando amanezca es un libro con algunos de los relatos que se cruzan por la memoria de los caleños y que con valentía, amor, compromiso y dedicación nuestro gran amigo Jhon Jairo dejó que salieran de su corazón. Historias de ciudad, narraciones que andan de boca en boca y nos develan una Cali de colores, de sabores, de hechizos, de ríos, de lugares, de personajes, de leyendas, de amores y desamores.

Este libro cuenta relatos de nuestra infancia, de la tradición caleña, historias que hemos oído de nuestros abuelos, de los vecinos y de nuestros padres, como la del “monstruo de los mangones” que se llevaba a los niños; o como la de la explosión del 7 de agosto, que le dio otra forma a la ciudad, también la de la señora que le “curó el mal de ojo” a mi sobrina; cuentos que nos demuestran que hay múltiples maneras de escribir una

historia, nuestra historia y con ello múltiples formas de reconstruir la memoria.

Mañana cuando amanezca tiene la particularidad de llevar al lector a querer conocer más de la ciudad, a querer preguntarle al abuelo, a la vecina, al papá o a la mamá qué fue lo que en realidad pasó; este conjunto de relatos te lleva a pensar cómo esas historias de vida se convierten en leyendas, siendo un homenaje para aquellos que reviven y recrean la tradición oral en nuestra sociedad y han marcado la historia y la vida de la ciudad.

Invito a leerlo, a recrearse, a dejarse provocar por las historias que se reconstruyen en colectivo y motivan nuestro encuentro con conocidos y desconocidos y de esta forma hacemos más ameno el caminar por el mundo; así, después de leerlo, usted podrá saber por qué el chontaduro a veces sabe a mango viche con sal.

Patricia Gómez Etayo
Educatora Ph.D en Educación
Rectora Institución Educativa República de Israel

El Basurero

Una caja de cartón, de nevera extragrande, cumplía el papel de una desalineada casucha ubicada sobre un montículo del basurero de la ciudad. Por dentro, un palacio decorado con objetos brillantes de oro, cobre y otros metales, reflejaban las luces de viejas linternas que hacían de ese lugar una espléndida morada. Afuera, en el ambiente nocturno, se escuchaba el golpeteo del agua que al caer formaba riachuelos brillantes color plata acompañados de roedores sin forma los cuales se deslizaban a la luz de la luna por entre cavernas insondables. Ningún morador de la urbe sospechaba los usos de los objetos desechados y, menos, los sucesos extraños que ocurrían en el basurero. El oro, para el pequeño Pablo, no valía más que su brillante reflejo; en cambio, el níquel era excelente conductor para reparar algunas baterías con las que proveía de energía un televisor, con la pantalla casi partida. Así creaba la mejor sala de cine en su pequeño rancho. Las películas las traía Ocho, como le decía a Octavio, su mejor amigo, con tan solo diez años, ya coleccionaba cientos de ellas. Su posesión era inimaginable, desde casetes de Betamax, VHS, Hi8, hasta Compact Disc y pendrives, en los que acumulaba los recuerdos olvidados –desechados– de las familias de los ricos del sur. El gato, otro de los amigos de Pablo y Ocho, llevaba cada noche

comida recién llegada en el camión de recolección de la línea sur, el cual pasaba por los cines de la ciudad: pedazos de perros calientes, hamburguesas y grandes cantidades de crispetas saladas y dulces se disponían en el banquete de estos tres pilluelos, que disfrutaban de su morada para ser felices.

– ¿Cara o sello? Preguntó Ocho.

Al unísono Pablo dijo: ¡Sello!, y El gato dijo: ¡Cara! Los tres se miraron con nerviosismo. Ocho tomó una moneda dorada y grande, que siempre usaban para resolver conflictos. La ubicó entre el cruce de su dedo pulgar y el índice, con un movimiento rápido la lanzó hacía arriba y al caer la tomó y colocó sobre su otra mano, dejándola ver, con algo de suspenso...

- ¡Caaaaraaaaa! Le ganó el video familiar a la película.

Una vez al mes el azar elegía si veían el video de alguna familia encopetada de la ciudad en contra de una película. Esta idea era de Ocho, según él los videos familiares a veces mostraban lugares lejanos que quizás ellos nunca verían, por lo menos, no por ahora. Ocho, tenía listo el video como si supiese que iba a ganar, sacó de su bolsa un casete de VHS que decía en su rótulo: “Fiesta de la Familia Nasgarú”.

–No sean tan abejas ni en sueño voy a ver eso tan aburrido –dijo Pablo. –No, no, no... La última vez que vimos un video eran puras preguntas a un

señor medio muerto que dejaba su herencia a un tal... Horacio Gordillo... Esa noche, me soñé que yo era ese tal Gordillo y deambulé todo el cementerio buscando la tumba del viejo para encontrar mi herencia... recuerdo que... desperté lejos de aquí, junto a la laguna.

Ocho y El gato, sin prestar atención a la protesta, ajustaron la batería, los cables, el reproductor de VHS y las conexiones al televisor, en menos de un minuto inició con imágenes borrosas. Pablo, enojado, se reusaba a ver el video, las historias de la gente encopetada de la ciudad no eran sus asuntos. Además, le parecían sospechosas, todo le parecía sospechoso, surgían en su mente un sinfín de sucesos probables que lo llevaban a profetizar, como cuando anunció la llegada de extraterrestres al basurero de Navarro en plena temporada de cometas o su profecía de una inundación, o la más creíble, pero lejos de lograrse, el cierre del basurero en plena contienda política. Ninguna se hizo realidad. Dos horas tardó el video. Al final terminaron con los ojos rojos, las panzas llenas y sin dejar sobras, los tres quedaron impresionados, parecía que aquel video hubiese sido enviado a ellos.

El gato le preguntó a Ocho:

–¿Parce, de dónde sacó ese video?

–No sé –respondió este– llegó como todos mis cachivaches.

Esa noche, Pablo no podía dormir, pestañeó casi a la madrugada y en el sueño el viejo Nasgarú le

advertía de un peligro inminente. Al despertar ya no era el mismo, la advertencia le caló en lo profundo de su ser: ¡Corrían peligro, debían salir del basurero! A Pablo, no le importaba lo que dijera la gente y decidió ir por sus amigos para que le ayudaran a contarle a los vecinos del basurero del inminente peligro. Al salir de su rancho gritó:

–¡Algo grave va a pasar, debemos salir de este lugar!

Por supuesto, nadie le creyó.

“Los delirios... tienen mal a ese niño” murmuraban entre dientes los vecinos del basurero.

Pablo seguía gritando por todas partes el riesgo que corrían. Fue al megamercado donde vivía Ocho. Era un laberinto sin salida de quioscos de cartón y plástico donde ingenieros y eléctricos empíricos reparaban objetos extraños y los dejaban mejor que nuevos. Entre dos pasadizos se encontraba el rancho de su amigo, un viejo Volkswagen oxidado, lleno de películas con una colchoneta y una pequeña estufa a batería. Con su amigo, fue por los pasadizos revelando el suceso por venir... Nadie les paró bolas. Pasaron por la zona de plásticos donde niños y mujeres tejían bolsas y hacían ropa, enseres y hasta casas para los nuevos moradores. Con voz entre cortada y cansados les decían a todos que dejaran lo que hacían y salieran de ese lugar. Nadie les hacía caso.

Se dieron cuenta que les faltaba El gato.

–A él si lo escucharán– dijo Ocho.

Llegaron a la zona de comidas donde vive El gato. Se veía la llegada de los residuos de las plazas de mercado, pero él no estaba. Sin más espera Pablo y Ocho anunciaron el peligro que todos corrían. Desesperados gritaban, pero la gente se reía al ver dos loquitos gritando bobadas. Otro niño envuelto en un abrigo de lana con gorro y guantes que no habían visto antes se acercó a Pablo y le dijo:

– ¿Qué estás diciendo? ¿Qué va a pasar?

Pablo, con sonrisa trémula y esperanzado le contó del video en el que aparecía un ambientalista de apellido Nasgarú, él mencionaba cómo el basurero estaba sobre una laguna de ácidos mortíferos y su contacto creaba mutaciones irreversibles, por eso las profundidades del basurero eran una bomba de tiempo, faltaba poco para quedar convertidos en deformes criaturas. ¡Era preciso abandonar el lugar, cuanto antes!

No terminaba Pablo de hablar, cuando vio que era tarde, el niño dejó ver su deformidad al quitarse el abrigo.

La culpa de Emiliano

—Otro plato más y con buena pezuña—le dijo Emiliano a Teresa.

—Vas por el tercer plato, no seas tan comelón. ¡Tanta tragadera te va a matar!

—Los frijoles de la finca del Jairo son los mejores, robados saben mejor—dijo con la boca llena Emiliano.

—Vaya por más, que se están acabando y cuidadito con cogerlos del rastrojo del cementerio, que vienen las ánimas y reclaman lo que es suyo—gritó Teresa desde la cocina.

—¡Buueeno miiijaaa! — asintió Emiliano.

Teresa, católica, apostólica y romana, además de supersticiosa, crédula y temerosa, amaba a su Emiliano, por quien hacía frijoles todos los días. Emiliano salió de su casa, colindante con el cementerio del pueblo, para escabullirse entre los cañaduzales de la finca del viejo Jairo. Llegó a la frontera en la que un perro ladraba al menor ruido, estaba sujeto a una cuerda y se paseaba al acecho. Sin arriesgarse, pasó al cementerio a recolectar las vainas de los frijoles, que se diseminaban como maleza entre las tumbas. Pensaba en las bobadas de Teresa, esos cuentos de fantasmas y espíritus “su familia sí le ha metido ideas”.

Su pensamiento se interrumpió cuando notó que los frijoles eran muy grandes y de un rojo más intenso. Salió raudo y sigiloso y llevó los frijoles a Teresa.

Emiliano era simple, ateo y pragmático, y desde hace un año no lograba conseguir trabajo. Antes, limpiaba maleza y decoraba tumbas, robaba flores de algunas y las revendía de su cuenta. Las mismas rosas, lirios y claveles lucieron en más de una tumba, pero estaba varado, se sentía en un callejón sin salida, como las flores que traficaba, se marchitaba de a poco, y solo quería volver a su amada Cali. Padecía un aumento desmedido de peso, el pelo se le caía a manotadas y sentía subir un dolor de pecho que le ocultaba a Teresa. “¿A qué sabrán los frijoles prohibidos?”, se preguntaba Emiliano.

Esa tarde, devoró cuatro platos. Empezó a sentirse extraño, no quiso salir, Emiliano estaba estreñido y nada le ayudaba; sobre su cama, fue víctima de retorcijones que lo hicieron palidecer, blanqueó los ojos y Teresa le aplicó en la frente y en la barriga un menjurje hecho de vinagre.

–Me pasará –decía él–, seguro ha sido algún viento encajado.

Al amanecer Emiliano no respondió, Teresa lo movió, estaba frío y pálido, con la boca morada. Al parecer ya no era parte de los vivos. Teresa no pudo hacer nada.

En la tarde los vecinos llegaron con el cura. En el comedor yacía el ataúd sobre la mesa, los vecinos servían café. El cura le prometió un trabajo a Teresa mientras ella seguía cocinando los últimos frijoles de la colecta de su esposo. El cura le comentó que hacía días veía a Emiliano rebuscar frijoles en el cementerio, por eso sabía que estaba sin empleo, tenían problemas económicos y otros que se derivan de esta lamentable situación. Ella se impresionó, un palpito asaltó su corazón, pero ya no había tiempo de reproches.

El cuerpo no pasó por las manos de un “arregla muertos”, no había dinero. En ocasiones el cajón rechinaba por el peso de Emiliano, ella casi no le pudo poner los pantalones tenía una barriga prominente. El entierro fue rápido, un músico espontáneo se acercó a la tumba y entonó “Tú eres mi hermano del alma realmente el amigo...” un par de canciones más y pasó la gorra llevando consigo monedas y unos pocos frijoles.

Esa noche, Teresa no concilió el sueño, lo habían enterrado a quince metros de su cama, en el borde mismo del cementerio. Apenas pasaron las doce escuchó un prop... prop... prop... se metió entre las cobijas y no fue capaz de salir. Un largo silencio, entorpecido por el ladrar del perro, le aturdió el corazón. Sin saber cómo fue capaz de levantarse e ir hasta el cementerio, rezó lo que sabía y pidió permiso

a las ánimas. Entró con su lámpara a medio iluminar, un crucifijo y un frasquito con agua bendita que le había dejado el cura. Fue hasta la tumba invocó los nombres de viejos ancestros y pronunció oraciones extrañas que había aprendido de su abuela. Se alojó en su corazón una luz de esperanza, volvió corriendo hasta su casa, tomó una pala y regresó para cavar, lo hizo durante tres horas, con la luna a cuestas, sin dejar de invocar las oraciones, hasta cuando tocó el ataúd.

—¡Emiliano, Emiliano!, despierta.

Esperó. Toda ella temblaba, volvió a escuchar prop, prop, prop, seco y sepulcral. Con la pala dio un golpe a la placa posterior del ataúd que se rompió, dejando salir un nauseabundo olor a pedo.

La más querida

A Elsis María Valencia Rengifo

En la cocina de María, la portadora de saberes de la cocina tradicional, se encontraron una vez las más ricas frituras, ellas discutían sobre cuál era la más querida por los caleños.

La empanada dijo: “¡Mirá, vé! llevo años en esta ciudad y soy “bailable”, estoy en fiestas, eventos y kermés. Hasta monumentos en mi honor quieren hacer. Soy a la que más quieren los caleños”.

El aborrajado replicó: “No mijita, yo soy apetecido por doquier, y sin mí no hay tarde con sabrosura, mi textura y sabor no tienen igual, mi corazón de queso y mi vestido de frito moreno es al que más quieren los caleños”.

La hojaldre se reía: “están muy equivocados, llevo mucho tiempo en las esquinas, en los platos más humildes y hasta en los paladares exquisitos, mi crocancia no tiene igual, soy yo a la que más desean los caleños”.

“¿Oíste a estos desubicados?” Le dijo el pandebono al pandeyuca. “Yo acompaño todas las mañanas y mi forma no tiene igual, soy caleño caleñito y de eso nadie puede dudar, basta con probarme para sentirse en la sucursal”.

Dijo el pandeyuca: “no sean tan pandebonos, son ustedes chicaneros, soy yo quien deleita el paladar de los caleños y mi origen es caleño, de la Sultana el corazón yo tengo”.

La tostada de plátano, que no entraba en discusiones, dijo con la razón: “dejen el bochinche, recuerden que ninguno es querido por sí solo, ¿pues qué sería de una empanada sin ají? o de ¿un pandebono sin café? o ¿el hojaldre, el aborrajado y el pandeyuca sin la lulada, el sirope o el masato? Incluso que sería yo sin el hogao. Hermanas mías, en verdad les digo, no tiene sentido pelear, la más quería sin duda es...”

En ese instante, llegó la cocinera, tomando la bandeja con todos los bizcochos les puso sobre la vitrina, que en un santiamén eran llevados por decenas de caleños. Chupándose los dedos decían qué delicias las de Doña María.

Mañana cuando amanezca

Corría el primero de agosto en la ciudad de Cali. La plaza de mercado Belmonte se encontraba abarrotada de militares y campesinos que transitaban el afamado lugar tras las compras de la semana. María, una india de cabellera larga, había llegado hace un mes del Cauca. Ayudaba en el restaurante de Don Jacinto un viejo verde y pícaro que no perdía oportunidad para “echarse al buche” a cuanta mujer le gustara. Ella, sin saberlo, estaba en su lista desde el momento en que llegó a pedir trabajo. Con regalitos y trato cariñoso la tenía a punto. La mujer, sin un peso y con un hijo recién nacido, había salido de su pueblo dejándolo a cargo de una amiga con la promesa de volver al mes con dinero para poderlo mantener. Decidida a cambiar su suerte, buscaba oportunidades en la ciudad. María corría por el local sirviendo platos de pezuña cocida con papa y aguapanela con limón. Ese miércoles estaba feliz de recibir su pago del mes y volver a ver a su bebé.

A la noche, Don Jacinto le pidió que lo acompañara a la casa con la promesa de su pago. La ocasión estaba servida, con engaños la hizo entrar y con un amague imperceptible le echó llave a la puerta. La mujer se sintió atraída por la casa, estaba llena de relojes antiguos todos sincronizados y en ese instante daban

las 7:35 pm. El viejo le compartió un vaso con una bebida que olía bien y le preguntó:

–¿María has ido a Teatro?

–No, la verdad nunca.

–¡Te invito!

Le pasó unos tiquetes de color dorado con la fecha de presentación de la obra *Mañana cuando amanezca*, en el Teatro Roma. Se sonrojó y aceptó los tiquetes que guardó en su vestido. Durante el diálogo María se empezó a sentir mareada y quiso irse. Vio la puerta cerrada, se desesperó y luego se oyeron algunos gritos que fueron ahogados con viejos trapos de cocina. El viejo consiguió lo que quería.

Horas después, María se encontraba encerrada en una pieza de la casa. Jacinto la amenazaba con decir que era una ladrona a menos que accediera a sus pedidos, entre tanto, la embriagaba con opio y algunos licores, para disminuir su voluntad. María maldecía su destino y le pedía a Dios, a la virgen y a todos los santos para que la sacaran de ahí, pero disminuida en sus fuerzas no era capaz.

Pasaron seis días y su desespero la atormentaba. El secuestrador llegaba cada noche a dejarle los restos de pezuñas para que comiese, no sin antes obligarle a abrir las piernas con la amenaza de no dejarle comida. Cuando estaba algo lúcida veía rasguños en las paredes,

lo que indicaba que no era la primera. Con sus pocas fuerzas invocó al demonio. “Si Dios me tiene olvidada que Satanás me ayude a vengarme: le pido que este malparido pierda todo, que no tenga tiempo de llorar su pérdida...Le ofrezco mi alma...”. Luego calló en un sopor profundo. A seis días de llegar a esa casa, se encontraba en harapos y desgarrada en su dignidad, palpó los tiquetes en su bolsillo y recordó que esa noche era lunes festivo seis de agosto y que el maldito viejo iría al Teatro Roma a ver la obra. Una esperanza surgió y pensó en alguna forma de escapar. Empezó a forcejear la puerta, quitó los largueros de la cama y los acuñó por debajo de la puerta levantándolos en palanca, lo que logró desencajar una de las bisagras, poco a poco hizo una abertura que le permitió salir. Fue a la sala y los relojes marcaban las 9:15 pm. Tomó uno pequeño, de apariencia costosa y lo echó en su bolsillo. Alcanzó la ventana y por una rendija vio que un militar se bajaba de un camión para orinar en un poste. Al moverla, se percató que estaba sin seguro. Salió pasando entre los barrotes, le pareció que venía un hombre y decidió subirse al camión por atrás. Este estaba lleno de cajas de madera y por un orificio de la carpa vio como el viejo llegaba y al notar su ausencia salía con un machete gritando que lo habían robado, los militares y vecinos se pusieron alerta. La mujer se quedó congelada esperando a que en algún momento el camión marchara y a si pudiese librarse del maldito viejo. Se quedó dormida.

En la madrugada despertó, sacó el reloj, pero no podía ver la hora, buscó en su vestido y halló una pequeña cerilla, que no sabe cómo llegó allí pues no fumaba. Un leve rastrillo shhhhhhhhh... Se escuchó. Para dar vida a la llama prendió los tiquetes dorados y vio la hora: la 1:06 de la mañana. Se vio rodeada de cajas de madera. Tiró el pedazo de fósforo a un lado, y maldiciendo al viejo vio como los tiquetes se diluían en ceniza. Luego, un zumbido potente llevó a una explosión extraordinaria, dejó un cráter mayor a diez canchas de fútbol y un fuego en forma de hongo, que, según dicen, se vio desde la luna.

Al siguiente día, salía en los periódicos del mundo la noticia: A la 1:07 de la madrugada de hoy 07 de agosto de 1956 en Santiago de Cali, Colombia, explotaron siete camiones con pólvora. Se desconocen las causas de la explosión, se investiga un posible atentado.

El platón de Rosita

Una tarde soleada, en el paseo Bolívar, se encontraron el chontaduro pelado y maduro con el mango Viche con sal, en el Platón de Rosita la vendedora, los dos se disputaban por tener el sabor más rico entre los caleños.

– “Mirá, vé, soy moreno y maduro, entre sal y miel conquisto a más de uno”. Decía hábilmente el chontaduro.

– Nada de eso. Vos jabes. Que entre sal y limón soy viche y de buen sabor. De zumbambicos a viejitos todos me prefieren a yo-. Dijo el mango viche.

–Nanai cucas- respondió el chontaduro. colorado y enojado. –Soy yo el más preparado hervido y a punto bien pelado, me entrego a todos los paladares, del pacífico soy nacido y hasta al exterior me han llevado.

–Cosas raras que decís... Vos no entendés. Ají no son las cosas.

Y el mango viche dio la espalda a su contendor para no discutir, pues ya estaba enojado.

Pasó el día y nadie los llevó. Se largó un aguacero de grandes proporciones, Rosita le pedía al San Pedro de las aguas “a mi casa déjame llegar”.

Llegó el platón a merced de los hijos de la vendedora y de repelón comieron todo. Nada quedó de tanta vanidad, desnudas sus pepas de corazón fueron arrojadas a la huerta familiar. Sin más compañía se abrazaron con fervor en noches de frío y días de calor.

A los pocos años se alzaban árbol y palma juntas como hermanas; un palo de mango frondoso crecía hacia los lados y la palma altiva y exuberante daba su carga abundante y dicen los que probaron la primera cosecha que el chontaduro sabía a mango viche y viceversa.

El juicio de la visión

Hace treinta años, en una noche de abril, tuvo lugar un suceso difícil de olvidar. Arribó a la casa Pablo, un viejo amigo de mi padre, acompañado de un hombre de cuerpo rígido y lentos movimientos. Mi madre les recibió atenta y diligente en la mesa. La conversación se extendió por más de una hora y al término, ella dio por hecho que el hombre arrendaría la habitación trasera por tres mil pesos. El nuevo inquilino se llamaba Daniel. Pablo lo había conocido hace poco como limosnero. Era joven, costeño, delgado, con cabello ondulado y manos finas como las de un oficinista; su postura siempre recta y su rostro sin expresión demostraba que había perdido los gestos de alegría, como si algo terrible la hubiese borrado de sopetón. Su vestimenta era simple: jeans, camisa polo con el cuello torcido, zapatos negros, medias de distinto color y grandes gafas negras, que con el tiempo nos preguntaríamos si en algún momento se las quitaba. Después de acordar el alquiler, Daniel preguntó:

—¿Quién vive aquí?

Mi madre respondió:

—Mis tres hijos y yo.

—Solo pido que en la noche no sea molestado, no importa lo que escuchen.

Así se convino. Mi madre fue partidaria de respetar el descanso de otros. Mis hermanos y yo, ubicados detrás de una cortina que dividía la sala de la habitación principal, mirábamos con extrañeza al hombre mientras nos enterábamos de todo.

Después de unos días, se hizo costumbre escuchar una risa socarrona a las seis de la mañana, como si en la habitación trasera hubiese ocurrido un espectáculo. Daniel tarareaba una canción antes de salir de casa, ocurría sin falta hasta los domingos, día en que observaba, con su extraño caminar, tomar la vía hacia San Antonio.

En uno de esos días, Daniel nos contó que trabajaba en los buses de transporte público. Nos inquietamos por su labor gracias al siguiente suceso:

—Como ayudante de conductor de bus intermunicipal, en un viaje a Venezuela, mi jefe notó un desbalance en la carrocería, me pidió que calibrara la llanta a 45, me dirigí con agilidad y la inflé, el calibrador permaneció en 40 por largo rato, hasta que un estallido la reventó y el aro del rin se desprendió golpeándome en la frente y volcándome varios metros sobre el pavimento.

Después de un largo silencio, mencionó que tres meses después despertó, con una venda sobre su cabeza y con una herida frontal difícil de mejorar, su vida había cambiado drásticamente, había perdido la vista y solo

a través de los sueños recuperaba la sensación de que podía ver. De ahí que dormir sin interferencia era lo más importante para él. Su inconsciente nocturno aun no era ciego. Pese a lo creíble de su historia, me preguntaba: ¿Por qué no era igual a otros ciegos?, ¿Cómo hacía para caminar sin bastón, perro guía o lazarillo? Dudaba de su ceguera. Su capacidad de moverse por la ciudad no era la de un invidente. Seguro que, de alguna forma, él podía ver. Tal vez tenía una visión reducida que le permitía distinguir lo que ocurría alrededor. No creía que se encontrara sumergido en la obscuridad profunda.

Para esa época ingresé a la escuela con mis hermanos, mi madre nos llevó al centro para la compra esperada de los útiles, tomamos un Verde San Fernando ruta dos que bajaba por la calle 15 hasta el centro. Al subir, todos teníamos en mente que quizás nos encontraríamos a Daniel, pero nadie lo mencionaba. Como si fuera un llamado telepático, antes de nuestra parada, Daniel subió al bus por la parte trasera caminó hacia el frente y al llegar junto al conductor recitó lo siguiente, con voz aseñorada y elegante:

–Buenos días, señoras y señores, les agradezco su atención. Doy gracias al señor conductor por permitirme trabajar en este medio de transporte, a ustedes discúlpenme por interrumpirles en este momento. Como pueden ver...

Se quitó las gafas oscuras de marco amplio y abrió el párpado de su ojo izquierdo, dejando ver un objeto verdoso como obnubilado por un fondo grisáceo.

–Soy ciego, de niño me robaron los ojos. Subo a los buses buscando la caridad de las personas. Agradezco a quien pueda ayudarme con una moneda o un billete, será bien recibido. Gracias y ya que hay un Dios que todo lo ve, que los acompañe. Sus palabras estremecían al público y sonaban las monedas de todos los calibres, sin duda era un espectáculo que ni Dios se perdía. Ese día nos bajamos del bus entre sorprendidos y pensativos. ¿Daniel nos había mentado?, o ¿les mentía a los transeúntes del transporte público? Sin embargo, yo pensaba ¿por qué solo abrió el ojo izquierdo?, seguro puede ver por el derecho.

Esa noche Daniel cumplía un mes de vivir en la casa. Antes de pagar el arriendo con muchas monedas, un tropezón hizo que estas rodaran. Rápidamente, Daniel se dirigió a cada una y las recogió, haciendo un tanteo corto sobre cada moneda, que sabía dónde se encontraba, él decía que tenía un sonar en su cabeza. Luego de esto, se fue a dormir. Esa noche no pude conciliar el sueño, lo sucedido era una prueba de que Daniel podía ver.

La mañana siguiente, estaba dispuesto a dismantelar la farsa, esperé que se fuera y decidí ingresar a su cuarto. Alguna prueba encontraría. El

corazón me palpitaba como si fuera a saltar de un quinto piso. Con una llave de repuesto de mi madre abrí la puerta sin poder evitar un chirrido seco, ingresé y encontré muchos libros, una alegría iluminó mi rostro, eran la prueba, al abrirlos, todos eran en braille. Me desanimé. Luego busqué bajo la cama y hallé un pequeño cofre, no lo pude abrir, decidí llevarlo a mi cuarto para intentar abrirlo. Mi ansiedad me ahogaba y me hacía sudar, extasiado por la posibilidad de la prueba definitiva quería derrumbar la ficción que nos había vendido. Pero no era posible abrir el cofre. Tuve que devolverlo a su sitio y con cautela esperar otro intento.

Al día siguiente, Daniel no salió a trabajar, fue extraño para todos, no hubo risa socarrona y menos el estribillo acostumbrado.

Llegó la tarde y apenas se atrevió a salir de la habitación. De mi familia, solo me encontraba yo. Como si me viera, tras la puerta de mi cuarto, se acercó y conservando cierta distancia me dijo con voz armoniosa:

–Toma mi cofre, si tienes mucha curiosidad.

–¿Cuál cofre?

–No tienes que mentir. Sé que has estado hurgando en mi cuarto. No me molesta, no te preocupes. Si quieres saber que hay en él te espero en mi cuarto. Su ofrecimiento me tentaba, pero a la vez un

presentimiento de peligro mi congelaba en mi cama y me decía que no fuera. Tomé valor, y con una pequeña navaja en mi bolsillo decidí ir. ¿Por qué tanto misterio en ese cofre? Caminé despacio hasta su cuarto, por si escuchaba algo, no quise golpear a la puerta, abrí suavemente con desconfianza, estaba sentado sobre su cama leyendo un libro en braille, me dijo que quería hacerme un regalo y le contesté que solo quería saber si en verdad era ciego y si eso tenía que ver con lo que había en el cofre. Me respondió que ya no importaba, que me daría un regalo, así me liberaría del juicio de la visión que engañaba mis sentidos. Sacó un extraño frasco del cofre y de forma rápida se bebió el líquido, se me acercó y escupió un chorro sobre mis ojos, sin darme tiempo de reaccionar. Me desmayé. Desperté a los tres días en un hospital totalmente ciego.

A los seis meses con ayuda terapéutica y formación para ciegos me movía perfectamente, tenía un radar en mi cabeza que me permitía caminar sin ayuda alguna y encontrar objetos por el sonido, mis oídos eran agudos y mi olfato prodigioso, mi tacto exacerbado lo sentía todo, hasta los bellos de mi cuerpo respondían al estímulo del ambiente de formas que nunca antes había sentido, poco después del año, mi visión solo percibía algunas sombras como fantasmas en la oscuridad; sin embargo, mi visión había dejado de ser la reina de mis sentidos para pasar a ser uno más. Entonces entendí que por fin veía, ya no perseguía sin razón el juicio de mi visión.

La Tregua

En un paraíso en la tierra había tan buena música que los hijos del diablo subieron a bailar. Al llegar probaron aborrajados con masato y en sus rostros se dibujó una sonrisa de pecado venial.

Pronto, un combo de angelitas bajó a la rumba y comieron empanadas con ají. Cuando la música estaba en la cumbre de su tumbao y las canecas de chicha, arrechón y pipilongo se cruzaban entre mortales e invitados, llegaron Dios y el Diablo. Dicen que la música estaba tan buena que esa noche hubo una tregua. A son de salsa, saya, merengue y cumbia se movían estrechitos con la licencia del pecado y la virtud. Pero, todo cambió cuando un diablito invitó a bailar a una angelita, entre pasos rápidos se enamoraron, y no solo ellos, otros encontraron el amor de su vida o, mejor dicho, de su eternidad.

Al acabarse la tregua, entre abrazos y sollozos juraron pedir permiso para volver. El desorden no se hizo esperar, ángeles y demonios alborotados pedían permisos para regresar. Previendo lo peor el diablo los liberó, con una condición: solo en diciembre podían buscar a su angelita. Dios también las liberó, con la condición de que irían a la tierra únicamente si eran solicitadas por un mortal, así bajarían como su ángel de la guarda.

Así fue como Cali se convirtió en la sucursal del cielo,
y en diciembre se ve salir a los diablitos con tambores
muy ruidosos a buscar las angelitas de la guarda.

El mal de ojo

Vicentico no cumplía el año de nacido y ya estaba pálido de muerte. Parecía que no iba a durar entre los vivos. Rosita, su madre, lo llevó al médico y le recetaron pastillas para la fiebre.

En la noche, llegó la “seño” Etelevina que lo vio y dijo: “Vicentico tiene el cuajo volteado”.

Rosita frunció el ceño de preocupación y desconocimiento. “Tranquila, tiene solución”. Le aseguró Etelevina.

Esa misma noche, llegaron a una casa vieja con un letrero de madera en el que se leía: *Se cura el mal de ojo*. Doña Eulalia María, en profundo trance, pasó unas velas encendidas por encima de Vicentico. Rezó un padre nuestro y le habló en la lengua de los taitas. Lo solivió y dio golpecitos en la frente y en la espalda como si le moviera algo por dentro. Unas yerbas para infusión le abrirían el camino.

El niño, al otro día volvía al mundo de los vivos, colorado y sonriente jugueteaba, ya le habían enderezado el cuajo. A Rosita le advirtieron: “tenga cuidado con extraños, al niño le dio ojo. Por eso le voltearon el cuajo”.

Vicentico creció como un niño sano y fuerte, pero era diferente, era zurdo y le ocurrían sucesos extraños que

solo él entendía. Una vez un amiguito vio como callaba a un perro que le ladraba al viento, le decía “ven Bruno, ahí solo están los viejos”. La gente empezó a decir que estaba loco, a veces hablaba solo como conversando con alguien y se pasaba los días descifrando sueños.

Hasta que un día decidió contar lo que veía. Todos ratificaron que estaba loco, lo que decía no era correcto. Le dieron la droga recetada por los doctores, pero Vicentico no se la tomó y por esto agravó su situación, por lo que terminó en el sanatorio, allá encontró a muchos como él.

Cuando salió, decidió volver a su casa y tanto tiempo había pasado, que no sabía hacer nada, o por lo menos eso creía, pues para sobrevivir no tuvo otra opción que tomar un pedazo de madera y escribir en él: *se cura la locura*.

Esa noche doña Etelvina le traía un niño desquiciado, el hijo de su patrona rica que se comportaba extraño con movimientos erráticos y agresividad. Vicentico, en un trance profundo, pasó unas velas encendidas por encima del niño. Rezó un padre nuestro y le habló en la lengua de los taitas. Lo solivió y dio golpecitos en la frente y en la espalda como si le moviera algo por dentro.

Cleptómano de corazón

No sé el momento en que inicié. Si bien, no ha sido planeado, solo sé que robé muchos lapiceros, arrasé los de la oficina. Sin piedad, pasé tomando cuanto objeto pude de la casa de mis amigos; no hubo vecino que no padeciera mis usurpaciones. Es difícil advertir la naturaleza de tan singular pasatiempo. Luego de los lapiceros pasé a hurtar autos, joyas y bancos. Fue una experiencia que me trajo alegrías y desdichas, pues como una vez dijo Cabral, *el conquistador se vuelve esclavo de lo conquistado*. Sacular mi apetito de cleptómano material dejó de ser pasatiempo para convertirse en mi profesión, cualquier objeto era posible.

Una noche de copas, cuando me jactaba de mis conquistas y trofeos, con mi viejo amigo Chember, este no resistió la provocadora idea de retarme, me dijo que a pesar de mis innumerables botines había algo imposible de robar. Con el entusiasmo de un niño tras un juguete nuevo, advertí su provocación, pero con ímpetu le dije: ¡lo obtendré! Con voz socarrona y alcoholizada me dijo: “te reto a que consigas el amor de una mujer”. Un mes, es todo lo que necesito le advertí, cerrando la conversación con la última copa.

Así que, en adelante, decidí empezar robando besos, miradas, cariños, abrazos y amoríos

extravagantes. Me sacié de besos y amores que no eran para mí, pero los robé igual, esperando así acercarme a mi gran botín. En esa búsqueda me sentía incompleto, porque el problema de un cleptómano es su incompletud; su desidia por lo propio, su afán por la victoria en la conquista de lo ajeno. Fue allí cuando intuí que obtener el amor de una mujer me llenaría y quizás en ese momento descubriría el fin de esta profesión, pues sería la cúspide de mi carrera, el premio mayor para retirarme con honores. Sin embargo, requería de una estrategia, los mejores ladrones siempre tienen una; como había aprendido para un gran robo se requiere la estrategia más simple, pues aplica la máxima de: *menos, es más*. Después de mucho cavilar por fin la tenía, mi gran idea era que para alcanzar el amor de una mujer debería robar su corazón.

Busqué en bares nocturnos, parques, centros deportivos, hasta en bibliotecas, pero no pude encontrar ninguno. Seguí buscando entre amigos, compañeros, vecinos y desconocidos, pero nadie dejaba desprovisto de seguridad su corazón. Algunos ya estaban comprometidos, otros tenían el corazón roto y hubo quienes se encontraban muertos en vida. Mi tiempo se acababa y decidí hacer una variación a mi estrategia, pues si a fuerza de hurto y rapiña no he logrado robar un corazón, por primera vez, me atreveré a conquistarlo en franca lid ¡Sea quien sea! no me interesa el género o si es *queer* o pansexual,

me da igual. Mi declaración tuvo por respuesta el encuentro de una mulata de largos cabellos de la que sentí enamorarme. Extrañamente la conocí gracias a Chember, en una visita que realicé a su finca en un pueblo olvidado llamado Villa Carmelo, aún recuerdo que la vi en la fonda de los gitanos, fue allí cuando decidí que sería mía.

Debo reconocer que estuve tentado a robarle el corazón a la primera oportunidad; sin embargo, opté por conquistarlo sin ardid esta era mi estrategia. Acudí, entonces a su padre, un hombre de mucha edad y dueño de un clan de hijas paridas por sus tres mujeres, al que le manifesté mis intenciones, según las viejas enseñanzas. Se llamaba Melquiades, hombre de barba extravagante y forrado en anillos y escapularios. Sin miramientos me despojó de mi dinero y luego me rechazó. “Solo te diré el nombre de quien pretendes y eso es todo lo que obtendrás, pues su corazón nos pertenece” dijo. Su nombre es *Jofranka*, mi doncella de tersa piel y ojos saltones.

Ante la resistencia del patriarca acudí a sus hermanas para obtener aliadas que intercedieran por un encuentro clandestino, y a los pocos días cuando estuve a punto de lograrlo, ocurrió que, habiendo salido con sus dos hermanas a un río enclavado en los farallones, un vendaval descolgó la montaña para tragarse con fuerza el último aliento de *Jofranka*.

El viejo clan comandado por Melquiades y su sequito de mujeres inició las honras fúnebres con una *septenia*: siete días de baile y bebida en la que cantaban por la memoria de Jofranka, bebían un extraño fermento espeso de color oscuro, solo accesible para el clan. No sé de dónde tomé fuerzas y me aventuré a recobrar el corazón de mi amada. Sería mío a como diera lugar.

Al octavo día del entierro me introduje en el improvisado cementerio, cavé para sacar el cuerpo de Jofranka, al encontrarlo, introduje mi mano en su tórax buscando mi tesoro. No lo hallaba, introduje la otra mano, su interior parecía una caverna extensa e insondable; así que con esfuerzo encontré un espacio vacío en su pecho.

Advertí que ya habían robado su corazón: durante siete días ellos se bebieron a Jofranka.

Kambray

Poemas milimétricos con escritura de doctor esperaban a los estudiantes en la entrada del *alma mater*. Ofrecidos por un hombre escuálido y larguirucho con rostro enjuto y una barba a medio salir, solo pronunciaba la palabra: “Kambray”. Siempre altivo en su temperamento, esperaba algunas monedas a cambio. Quienes leyeron sus garabatos escucharon decir que, si alguien juntase todos los poemas de este autor, hallaría la inmortalidad.

Años más tarde, ante la muerte del poeta su recuerdo se convirtió en leyenda. Porque la muerte es así, retrechera, enigmática y cuando quiere escoge a algún sujeto, su historia, para que su memoria salga a la luz. Rápidamente, la vida de Kambray fue famosa, todos aportaban sus recuerdos del poeta, algunos hasta traían los pedazos de papel en los que, casi indeleble, se leían garabatos, aduciendo que habían encontrado respuestas, frases de consuelo, amor y esperanza o sencillamente, habían podido tomar una decisión; en efecto, le debían algo al autor. Se revivió como una llama el recuerdo del poeta, a tal punto que, el estudio propuso revelaciones apocalípticas. En poco tiempo, la universidad se colmaba de relatos sobre Kambray, que dejó de ser simplemente un limosnero o quizás un artista, para ser elevado al estatus de vidente o sabio.

Pronto surgieron poemas inéditos. Fragmentadas sus obras en rimas discordantes, se leía en estos rastros la existencia de hechos que ocurrieron después de ser escritos y premoniciones por suceder. Quizás, presagios futuristas que alertaban el presente y posibles milagros. También hubo testimonios de personas que lo llamaban santo. El informe fue enviado al Vaticano. El estudio del poeta, que ya no era hombre simple, se escapaba a la ciencia y entraba en los terrenos metafísicos de la santa sede. Su historia se extendió por un tiempo, hasta pasar como sucede con el fuego, que tras el ímpetu del combustible social se apaga poco a poco para pasar a otro interés.

Lo único que se sabe, es que su obra ha sido diseminada en la memoria de varias generaciones y que los investigadores lo habían logrado, habían encontrado la inmortalidad, pues un libro regordete de pasta dura con rotulo de Kambray siempre está presente en los anaqueles perennes de la biblioteca universitaria, y en el Vaticano, donde aún hace fila para ser beatificado.

Sancocho trifásico

Cuando lavaba la olla de barro de su abuela, Carlos le dijo a su hermana Aurora que, si no encontraban pronto una solución, serían sacados de su casa, el hogar de la familia García desde hace cincuenta años, a lo que replicó enérgicamente Aurora:

–No te preocupes Carlos, así le venda mi alma al diablo, no saldremos de esta casa.

–¡Calla esa boca!, que no te escuche Majeña, sino te voltea el mascadero.

–Es solo un decir, además, mi madre no cree en Dios, mucho menos en el diablo.

En la cocina, Majeña preparaba un delicioso plato para sus hijos. Picaba la cebolla y el tomate para hacer el hogao que había aprendido de su madre Tránsito, con las yerbitas de la chagrita que daba sabor celestial a las comidas.

A las doce del mediodía, tolon tolon... replicó la campana de la iglesia del pueblo de Felidia.

Al rato:

–¡Todos vengan a la mesa! –dijo Majeña.

En pocos segundos, la abuela Tránsito, los dos hermanos y Majeña, degustaban deliciosas tostadas de plátano, del tamaño de un plato: crocantes y delgadas

cubiertas de carne desmechada, bañadas del hogao, secreto de la cocina familiar. Antes de terminar, Carlos irradió la mesa con un gesto de alegría, como si una epifanía lo hubiese iluminado.

– ¡Abramos un restaurante! –Dijo Carlos con vehemencia.

Todas lo quedaron mirando como si no fuese una buena idea. Tránsito aseveró:

–Recuerda que ya lo tuve y ese cura pendejo me hizo perder mi negocio, la gente del pueblo no me apoyó. ¡Malditos todos! Algún día pagarán.

–Este será diferente –mencionó Carlos–, además, el cura Berengario ya se fue. Lo llamaremos “Las delicias de la abuela”. Pagaríamos las deudas y la hipoteca de la casa. Podríamos mejorarla y cultivar, tener algunos marranos.

Las mujeres se quedaron pensando, mientras la vieja Tránsito tosía, como si la idea de un restaurante trajera consigo los achaques de ochenta años de labor y sufrimiento.

Majeña dijo: –intentémoslo.

–Bueno, hagámoslo –dijo Aurora con recelo. La abuela se fue para su cuarto sin decir nada.

El miércoles retomaron el viejo garaje, diagonal a la iglesia del pueblo, junto al viejo bar de Chepe. Laboriosas las mujeres daban vida al restaurante.

Al avanzar con los arreglos la salud de la abuela decaía extrañamente. El viernes se encontraba postrada en cama y el sábado repentinamente falleció de un paro cardíaco, justo después de que su hija Majeña escuchara su última voluntad, la que solo ella debía cumplir.

Majeña dijo: –hay que cremar su cuerpo... es parte de su última voluntad.

Sin ningún reproche, así lo hicieron. Gastaron los últimos centavos en la cremación y como no alcanzo para la urna, Majeña introdujo la bolsa en una cajita de galletas navideñas que ubicaron en la cocina para sentir la compañía de Tránsito.

El tiempo pasaba y las deudas se venían encima, debían empezar con el restaurante. Por ello, el domingo, sin tiempo para el duelo, ofrecieron el primer plato: Sancocho trifásico, se leía en un viejo letrero puesto junto a la estatua del águila del pueblo. Solo dos borrachines que salieron del bar de Chepe se atrevieron a ingresar, pues la familia García no era muy querida por el conflicto con el viejo cura. Los borrachos salieron repuestos y felices, gritando por el pueblo que habían probado el mejor plato de sus vidas. Don Chepe entró y pidió un Sancocho, no logró llegar a la mitad y llamó a toda su familia para que probaran.

Al siguiente día, varios vecinos asistieron a degustar el sancocho trifásico de “La cocina de la abuela”. Era tan sabroso que la voz corrió rápidamente. Luego, no

daban abasto en el restaurante. Algunos atribuían su gusto al pollo, otros a la carne de res y otros a la de cerdo. Había quienes decían que su sabor se debía a los recipientes e instrumentos de la cocina de la vieja Tránsito: una olla de barro y un equipo de cucharas, cucharones y tenedores de madera fina traídos de San Agustín Huila. Otros, en cambio, opinaban que el sancocho se hacía con agua bendita que había traído doña Tránsito del señor de los milagros de Buga. Llegaron personas de muchos lugares a probar el exquisito plato, las filas eran interminables.

Al mes de abierto, el restaurante creció tres locales más, ocupando también el bar de Chepe. El bar cambió y ahora vendían jugo de yuca, de arazá y de corozo, bebidas refrescantes que acompañaban el delicioso plato.

A los cuarenta días de apertura se habían pagado todas las deudas, la casa estaba recuperada y contaban con la mejor fama en el pueblo y de la ciudad subían a probar el afamado sancocho. El miércoles de la santa ceniza llegaba el cura Berengario, había sido invitado por la familia García, olvidando cualquier disputa del pasado, le ofrecían el famoso sancocho trifásico. Cuando este terminó y se retiraba dando las gracias por tan exquisita invitación, Majeña llamó a Carlos y Aurora y les dijo: –¡Empaquen, se cierra el restaurante, nos vamos a la ciudad por un tiempo! –. Los hijos protestaron y no

entendían la decisión de la madre, entraron en cólera, pues era como cerrar una mina de oro en plena bonanza, sin importar lo gratificante del viaje.

Majeña les dijo:

–Aquí termina el último deseo de su abuela –mostrando la caja de galletas navideñas vacía–la voluntad de su abuela se ha cumplido, ya se han esparcido sus cenizas por el pueblo antes de acabar la cuaresma, debemos cerrar el restaurante, es su última voluntad.

La serpiente emplumada

El 19 de abril de 1985 Selene cumplió 15 años. Su época le invitaba a ser irreverente y rebelde, convencida de ello hizo de su piel su campo de batalla. No esperó los 16 para hacerse el tatuaje de una serpiente emplumada que iniciaba en el dedo corazón de la mano derecha y se extendía por su brazo hasta algún lugar de su espalda. El alebrije que cobijaba su lado derecho era de origen onírico, lo había soñado cuando niña durante una excursión a la montaña Pico de Loro en los farallones de Cali. Se posaba sobre su mano un animal de extraña forma semejante a una serpiente y a un ave. Fusionados en el mismo cuerpo, llegaba volando desde Pico de Loro revelándole una verdad futura: “si llegas a los treinta años conmigo en tu brazo, habrás destruido a tu peor enemigo”.

Al inicio llevar el tatuaje en su cuerpo no fue fácil. Contrariada por su familia perdió todo el apoyo y obligada a trabajar, no lograba una labor bien remunerada. En cambio, sí le llovieron propuestas en circos, burdeles de gran fama y en reservados que pagaban la presencia de lindas mujeres con tatuajes extravagantes que atrajeran el curioso interés de los caballeros de la élite. Su ambición fue superior al pudor, aceptó con algo de temor. Hombres de estampa fina y ricos perfumes la sedujeron. Noches ardorosas entre

deseo y repugnancia amasaron su cuerpo, pasando de cama en cama entre brazos desconocidos se forjaba su carácter. Aprendió el arte del engaño y con ellos la sed de poder y riqueza, esto hizo que la serpiente cobrara vida en las noches de lujuria y se alzara fuerte e invencible.

Selene descubrió las cualidades de su diestro reptil y las adquiridas habilidades en el encantamiento de los hombres. Se alegraba de saber que el tatuaje permanecía de forma indeleble sobre su piel; pese a esto, su cuerpo se fue marchitando y la luz de sus ojos se desvanecía tras cada noche.

Varios años logró permanecer a la sombra de un reptil que tomaba fuerza y se hacía imponente y poderoso a costa de su ser, de su cuerpo disminuido. Antes de morir, Selene tuvo una visión en la que una mujer desdichada en lo alto de Pico de Loro le reclamaba a una serpiente emplumada: “me prometiste que vencería a mi peor enemigo si te llevaba conmigo”. La serpiente le miró fijamente y le respondió: “Así fue”.

El 23 de febrero del año 1996, Selene yacía en la cama de un burdel. Su cuerpo sin vida, inerme y pálido, no daba muestra de tatuaje alguno sobre su piel.

El caballo de Troya

A los niños que seremos...

Mi infancia fue serena y plácida, mientras estuve en casa, todo cambió cuando llegué a la escuela “La Pola”, allí viví una aventura intrépida y extraña que solo hasta ahora me atrevo a relatar.

Mi madre me había hecho un morral con algunos *jeanes* viejos y retazos de telas, era único. Lo terciaba en mi espalda y salía temeroso. Transitaba el umbral de la escuela para perderme en el bullicio matutino y, formado en la fila escolar, tomaba distancia hacia delante y a los lados viendo a los maestros que, con voz de mando, hacían llamados de atención. Había niños pecosos, morenos, rubios y extraños. Me llamaban “el gordo”. Mi contextura les hacía gracia y parece que les daba derecho a burlarse. Algunos golpes llegaban a mi espalda. “Sano quedaste, gordito”. Nadie fue. Solo un dolor impune me marcaba el orgullo. La campana nos llamaba al salón de clase.

Mi maestra organizaba su bolso en el espaldar de la silla, del que sacaba su libreta de notas, una vieja antena de radio que le servía de señalador, unas cuantas tizas de colores y una caja dorada con joyas en la que se leía su nombre. Ella ignoraba todo lo que me sucedía:

Ronald y Jorge, dos abusivos del salón, me la tenían “montada”. Al terminar la clase, tomaban mi morral, que les hacía gracia por su peculiaridad, y corrían por el barrio haciéndome ir tras ellos, hasta que cansados y satisfechos les daba lástima y lo dejaban junto a un poste. Esto se repetía todos los días.

Unas veces Ronald otras Jorge, me arrinconaba en algún lugar del patio de recreo y me despojaban de mis pertenencias. Así vi con tristeza cómo se llevaban un reloj que mi padre me había obsequiado. Lamenté tanto su pérdida que mi pasividad empezó a inquietarme. Los bribones eran más grandes y violentos: Ronald, hijo de un mecánico, era esbelto y fuerte, le ayudaba a su padre en el taller; Jorge, con su cuerpo atlético era el más veloz de la clase, hijo de un zapatero reconocido del barrio. Ambos gozaban de reconocimiento, nadie se atrevía a enfrentarlos y los profes, sin conocer lo que sucedía, los ponían a cargo del patio de recreo.

Entrar a un baño de la escuela era lo peor, pues me cerraban la puerta o me escupían desde afuera cuando orinaba, otras veces me dejaban sin lonchera en el recreo. En fin, era mi vida desgraciada. Se pueden imaginar lo que es sentir ganas de hacer pipí, corriendo tras el mismo maletín y despojado de cualquier objeto de valor. Fue uno de esos días en los que mi paciencia se agotaba, cuando se acercó mi compañera Ingrid, una negra simpática que nunca olvidaré. Al verme llorando, me tomó la mano y me contó que no tenía

padres, que quizás lo que yo sentía no era lo peor. Me susurró en el oído:

– Yo sé qué te puede ayudar.

De inmediato me llevó a la biblioteca de la escuela y de un anaquel tomó un libro roído y viejo, con hojas faltantes que me entregó.

– Léelo y en él encontrarás consuelo.

Fascinado con la idea de encontrar respuesta a lo que sentía, esa misma noche empecé a leer la *Iliada* y la *Odisea*. La historia épica, valerosa e ingeniosa de Odiseo lo convirtió en mi héroe, su inteligencia me abrumaba y en el relato del caballo de Troya encontré astucia: un gigantesco caballo de madera ofrecido a los troyanos era en realidad una trampa que les hizo perder la ciudad. Gracias a este ardid, tuve una gran idea.

Al siguiente día, después de una noche de cavilar un plan, decidí actuar: empecé a correr tras mi morral como ya era costumbre, con mi rostro angustiado, corrí poco menos de una cuadra alejándome de los bribones que lo llevaban, hasta que en un momento le dije a un señor:

– ¡Esos chicos robaron la escuela! – Sin dudarlo, este le gritó a un policía:

– ¡Cójalos, Cójalos! Robaron la escuela...

Al momento, los dos chicos fueron apresados por un policía de la estación de San Nicolás, él revisó

de inmediato el morral y encontró una caja dorada con joyas en la que se leía *María Judith Pérez*. “los ladrones” decían que no era suyo. Llevados de regreso a la escuela, fueron sancionados. Mi morral aparecía en la lista de objetos perdidos, pues ese día yo lo había reportado. Por fin les había dado una lección.

En la noche continúe leyendo. El relato de la isla de los cíclopes fue increíble: la astucia de Odiseo encerrado en la cueva del cíclope Polifemo, con el que empatizó haciéndose pasar por un navegante de nombre “nadie”, resolvería la fuga y le libraría de una muerte segura.

Un día después, al escuchar la campana del recreo, salí a caminar por el patio con mis manos en los bolsillos. En mi espalda se leía un aviso con letra de aprendiz de mecánico: “Vendo a este bobo por cualquier peso. Atentamente Ronald”. Me pasee por todo el patio y creo que todos los de la escuela veían el letrero mientras se burlaban. El profesor de disciplina lo tomó y llamó al único Ronald de la escuela. Este negaba haberlo hecho por lo que pidieron sus cuadernos, entregó uno de los dos que había llevado ese día porque el otro nunca lo encontró, todos los profesores creyéndose grafólogos aseveraban que sí era su letra. Ese día, Ronald sumó dos faltas y fue expulsado. En la noche no quise seguir leyendo el libro, pensé que eran demasiadas acciones en la misma semana.

Al siguiente día, en el recreo, me atreví a ir al baño y Jorge me tomó por el cuello queriéndome estrangular. Le dije que yo no era el culpable, que le daría algo para que me dejara tranquilo, algo de valor de mi padre, con tal de que me soltara.

Lo pensó y me dijo:

—mañana, aquí mismo, si no me traes algo que valga la pena, me las vas a pagar.

Esa noche busqué el libro y lo leí con detenimiento hasta que llegué al relato de la ninfa Calipso en la Isla de Oigia: allí se encontraba Odiseo atrapado, con todos los lujos, pero una cárcel al fin de todo; sin embargo, también logró escapar.

Al otro día en la escuela, en los baños, me encontré con Jorge y no le entregué nada, me encerró en el baño y me dijo que a la salida me daría una paliza. Ese día, desaparecí para la escuela. La profesora se percató de mi ausencia y preguntó a la clase si alguien sabía dónde estaba. Nadie respondió. Salió a buscarme, pero no me encontró. Un alambre ajustaba la puerta del baño en el que me había encerrado Jorge, y un aviso de “baño dañado” con letra de aprendiz de zapatero se encontraba en la puerta. El gordito había desaparecido y la escuela estaba “patas arriba” por eso, varias veces buscaron en el baño y no me encontraron. Desesperados, todos los profesores me buscaban, era extraña la desaparición del niño que nunca daba

problemas. Asustados por la desaparición, sacaron a los niños a que ayudaran. Jorge, más asustado que todos, fue hasta el baño y tampoco me encontró.

Desde una rendija en el techo, yo observaba cómo estaba de nervioso y tembloroso por verse involucrado. Mientras veía todo el barrullo, me deleitaba con la compañía de algunos pandebonos y un juguito que muy temprano había escondido en el lugar. Ya era tarde y la policía había llegado a la escuela, mis padres también arribaron y los niños estaban a punto de irse a sus casas, fue cuando decidí bajar y entrar al baño, empecé a golpear desde adentro y Jorge que no había quitado la mirada al baño, en el que me había encerrado, se apresuró a abrirla, y sus ojos se horrorizaron cuando me vieron, pues yo estaba sucio y estrujado, me abrazo azorosamente pidiendo que no lo inculpara.

Salí de los baños recostado a Jorge y cuando todos llegaron me abrazaron de alegría, les dije que al entrar al baño una cosa extraña parecida a una rata, “quizás”, había salido del sanitario, y al no poder salir, tuve que subir al techo antes de ser atrapado por ese animal, que quizás se parecía más a una zarigüeya, y que se excitaba con el ruido, pues, en algún momento, intenté pedir auxilio pero al hacerlo, el animal se volvía contra mí, enseñándome sus colmillos brillantes mientras permanecía en la taza del sanitario esperando a que yo bajara. Es por este secuestro momentáneo que

cansado y asustado me quedé dormido y si no hubiese sido por mi buen amigo Jorge que me encontró, seguiría allá arriba. Desde ese momento, Jorge nunca más me molestó y yo dejé de ser el gordo desconocido de la escuela para ser popularmente conocido como el pequeño Odiseo.

Las hermanas

Una tarde soleada de agosto, en la calle 25 junto a las vías del tren, una cometa de papelillo colorido y cola de trapo se elevó al cielo tan lejos, que solo se veía un pequeño punto en el firmamento. Jorgito su dueño la haló con ligereza y volviendo a ser visible encontró en su cielo una rival, un ave de tela con cola fina y colores vistosos, se contoneaba, mientras Miguel su dueño manipulada el carrete.

Sin verse, ambos dueños, hacían sus mejores movimientos y trataban de ganar el cielo dando coletazos a su adversario. A poco trasegar, el papelillo empezó a rasgarse por las embestidas de su oponente y Jorgito respondió con el toque de sus puntas de guaduilla que atravesaron un ala de su adversario y dando vueltas sobre sí, el ave caía en picada, mientras Miguel le daba vida recortando el hilo y moviendo el carrete. Ambos recogieron sus aves de vuelo y curaron sus heridas, la tela y el papelillo fueron remendados, y volvieron al cielo profundo que en torbellinos de arisco viento reclamaba el firmamento. Ambos como si se enfrentaran a muerte seguían agitando los hilos entre sangre y humedad mientras la cuerda se templaba con elástica expresión. Así permanecieron por horas hasta que una lluvia leve empezó a caer y las colas se hicieron pesadas y el viento arreciaba con fuerza, mantenerlas

estables no fue tarea fácil. Jorgito y Miguel no se daban por vencidos, peleaban por el primer lugar. Llovía cada vez más fuerte y extrañamente las cometas no caían, la fuerza del viento las embestía, pasaron de rivales a hermanos de lucha, su adversario era común, trataban de salvar sus aves que ahora daban vueltas concéntricas, presas de un remolino, amenazadas por los destellos de los rayos estuvieron a punto de elevar a sus dueños, pero estos soltaron los carretes y así vieron ir sus ilusiones de vuelo ganador.

Cuando ya veían todo perdido sucedió lo inesperado, ambas en una atracción de imán quedaron pegadas irremediamente, como hermanas siameses se encontraron para juntas no volver a separarse y fundidas en un abrazo con fuerza, dieron tantas vueltas sobre sí, que los dos niños vieron con ojos de esperanza que bajarían por su peso, en ese momento cayó un rayo cerca, ambos huyeron y las cometas hermanas remontaron vuelo haciendo de esa figura una gran ave esbelta, seguida de dos carretes que se alzaba por los aires y dando vueltas, como en un show de aviones de acrobacias, mientras se perdían en el firmamento. Ambos sin cometa, se miraron las manos ajadas y con sangre, se acercaron y solo una leve risa les surgió. Luego se despidieron para nunca más volverse a encontrar.

A la madrugada, una avioneta con rumbo a Panamá fue impactada, al parecer por un objeto

volador no identificado, que averió sus instrumentos de altura, la visibilidad era baja y la neblina lo cubría todo. Luego, un estallido retumbó en la montaña seguido de dos abrumadores fogonazos en el cielo que hicieron estremecer a los campesinos que habitaban la zona. Era un 28 de diciembre, un campesino llamado Marco Tulio bajó de la montaña a contar que tres avionetas se habían estrellado. Nadie le creyó, con aguapanela y queso le convidaban a pasar el frío y le decían “feliz día del inocente”.

Muchos años después, en el parque de Felidia la estatua de un águila era removida para dejar a la vista un monumento con tres avionetas llamadas: La pinta, la niña y la Santa María, en memoria de las tres aeronaves cubanas que chocaron en extrañas circunstancias contra la montaña el 28 de diciembre de 1937. Hasta el momento se desconoce la razón que llevó a tan fatídico desastre.

El monstruo de los mangones

–Mamá déjame salir a jugar con José.

–Bueno, pero no te demores, que ya va a estar la comida.

Esa tarde salí a jugar, sin saber que no volvería a ver a mi amigo José.

–Me compraron canicas nuevas, mi papá las trajo de San Fernando, se las dio un médico alemán que llegó a la ciudad. –dijo José.

–Huy que bien, son raras esas canicas. –Le contesté.

–Sí, según el médico son de Europa.

Esa tarde jugamos “la vuelta Colombia” hasta el cansancio.

Al rato, un hombre extranjero se bajó de un carro lujoso y nos preguntó, con acento extraño, si queríamos más canicas, nos mostró una bolsa llena y nos invitó a entrar al auto. José le dijo que sí. A mí me dieron nervios y me paralicé, no fui capaz. José, me jalaba la camisa y me invitaba:

–vamos un rato, así tenés canicas nuevas para jugar.

No fui capaz, me dio miedo. Mi amigo se subió al carro y se fue con el señor que le acariciaba la cabeza,

mientras yo esperaba a que volviera. Mi madre me llamó y volví a casa. Esa noche no dormí pensando en las canicas nuevas y en el lugar al que habrían llevado a José. A la noche, golpearon a mi puerta.

—Heriberto, preguntan por José, ¿que si sabes dónde está? Me dijo mi padre.

Era la madre de José, le dije que no sabía dónde estaba. Me quedé callado por temor a un castigo a José por haberse ido con el señor.

Al siguiente día, en el periódico local del 12 de abril de 1963 fueron reportados como desaparecidos cinco niños en la ciudad. Mi padre me mostró una foto de José en el periódico y me fui a llorar a mi cuarto, luego le conté todo a mi mamá. A las dos horas estábamos en la estación de policía de Fray Damián.

El policía empezó a interrogarme, mientras fumaba y botaba bocanadas de humo que caían sobre mi cabeza. Me interrogaron tanto que empecé a dudar sobre lo que había pasado. Hicieron un retrato hablado del hombre y alcancé a escuchar: ese ladrón de niños debe ser un loco o algún depravado.

Al día siguiente, aparecieron muertos entre cañaduzales y mangones tres de los niños y la lista de desaparecidos ya iba en 15. Mis nervios me afligían y un delirio de persecución se apoderó de mí. Veía el auto en todas partes, de hecho, en la estación de policía uno de los oficiales se parecía mucho al hombre

que se llevó a José, pero este no tenía bigote y la gorra lo ocultaba, hasta intenté escucharlo, pero nunca fue posible. Me estaba volviendo loco.

Mi mamá me llevó a la casa y me tomaba de la mano muy fuerte para que no me perdiera, había un comentario en la calle de que el “Monstruo de los Mangones” se estaba llevando a los niños. Ya ninguno tenía permiso para salir a jugar.

Pasó una semana y no se sabía nada de José, la lista de desaparecidos iba en 24 niños, todos de barrios alejados del centro. Ese fin de semana fuimos a la plaza 20 de julio donde había un pequeño mercado, mientras mi madre compraba, vi el carro del hombre que se llevó a José, reluciente y cromado en algunas partes. Era ese, yo sabía que sí. Intenté observar lo que más pude y vi al hombre, estaba con una linda mujer y con un médico, entraban a la iglesia de San Nicolás.

No sabía qué hacer, pensé en denunciar al hombre, después quise rayar el auto con una piedra poniendo “Monstruo de los Mangones”, mi madre ya terminaba las compras y lo único que pude hacer fue decirle que quería rezar. Entramos a la iglesia y nos sentamos atrás, no podía ver al hombre, solo hasta el momento en que repartieron la santa hostia y vi como caminaba con la mujer y el médico detrás. Estaban en primera fila, pensé en José, mi amigo de tantos años, una desesperación me agitaba el corazón, mi padre me había contado

que los niños aparecían muertos y en mal estado, eso me atormentaba. Era quizás mi única oportunidad. La misa fue eterna, pero a punto de terminar no tendría otra oportunidad, el cura convocó a darnos la paz y yo fui hasta donde él, le dije: la paz está contigo. Vi a la mujer, pero el hombre y el doctor ya no estaban. Me asusté, mi madre me alcanzó tomándome de la mano, estaba a punto de llorar. No podía hacerle esto a José, no me lo perdonaría: Grité, con voz ahogada y trémula: ¡Monstruo de los Mangones!”

Todos me vieron como asustados y el cura con algunas viejecitas de camándula se acercaron para tranquilizarme, cuando volví la vista al punto, ya no estaba ni la mujer, alcancé a ver el medico que salía de la iglesia y varias personas se acercaban para consolarme, esa mañana el cura extendió su oratoria tomándome de la mano y pidiendo por los niños desaparecidos, entre tanto, me encontraba nervioso y con miedo, me había delatado.

Esa noche no dormí, ya llevaba varias así, fue inútil mi intervención en la iglesia, mi madre no me envió a la escuela esos días, me decía que pasaba por una crisis de nervios. A los días, apareció el cuerpo de José, su familia no lo soportó y se fueron del barrio, nunca volví a saber de ellos.

La semana siguiente, hubo 36 desaparecidos y luego pararon las desapariciones. Un retrato hablado

del hombre en un auto lujoso circulaba por los diarios y entre corrillos y comentarios se decía que ese hombre sufría una extraña enfermedad, pues necesitaba a los niños para sacarles la sangre.

No se supo la verdad hasta 56 años después, trabajando como jardinero en una casa de la élite caleña en la parte alta de San Fernando, vi una foto del hombre que se llevó a José. Decidí quedarme callado para no abrir viejas heridas. Ahora, cerca al momento de mi muerte, tengo que decir la verdad, el nombre de aquel monstruo era...

El primer día

En un sueño temeroso de Alina, ocurrió que su madre le soltó la mano y decidió correr para pasar la avenida Simón Bolívar. La hija, inmóvil en el sardinel, vio cómo ella arriesgaba su vida en ese instante, luego de detenerse a los pocos pasos, como invadida por la duda y el miedo; la madre retrocedió en un movimiento estremecedor que cobró el tiempo suficiente para que una camioneta se llevara su existencia y marcara la memoria de Alina, el día de su primer día de clase.

En un cambio de visión, como haciendo *zapping* en la tele, Alina se decía así misma que no moriría de manera catastrófica. Esa era su obsesión, la repetía mientras viajaba al interior de una nave de chocolates sobre nubes de algodón de azúcar. De inmediato, en la escuela asistía a la clase llamada: “mil formas de morir”. Solo les decía a sus compañeros, niños extraños que no daban muestra de vida en sus ojos, que deseaba abandonar el mundo sin ningún trauma: morir sin dolor en un sueño tranquilo. En rápidos episodios que no lograba discernir pasaba su vida, mientras su cuerpo envejecía, sin ir a la escuela, sin trabajo alguno, tan solo encerrada en casa de su padre; allí, no salía más que para tomar el tibio sol de las tardes caleñas. El mismo que irradiaba la mañana en que su madre le

soltó la mano para lanzarse en una aventura contra reloj.

Alina se veía sin amigos, sin novio; no conocía los placeres de su cuerpo, solo la sostenía una vida lánguida y resistente, proyectada hacia el día en que la muerte se la llevaría, ojalá sin dolor alguno. Así pasaron las visiones de un sueño profundo y premonitorio. En el transcurrir del tiempo murieron familiares, curiosamente de forma violenta, los hubo por caídas de edificios, otros en incendios e incluso, bebés recién nacidos que se ahogaban con la sopa de letras.

Pero Alina, en el letargo de su miedo profundo seguía empecinada en una muerte sin dolor. Y así fue: un día del calendario que prefería no llegara, sobre un viejo colchón, tan solo acompañada de tres gatos en medio de un basurero, por fin terminó ese sueño: su madre le tomaba la mano y decidió correr con ella para pasar la avenida Simón Bolívar...

Al abrir sus ojos, escuchó que desde la cocina la madre le gritó:

–mija levántese y arréglese, que la tengo que llevar a la escuela, vea que le cogió la tarde en su primer día. Que muchachita para tener el sueño tan profundo.

Aprender

A un hombre sabio le preguntaron si había algo que le faltase por aprender y dijo: “Todo, pues mañana seré otro y tendré que aprender ese día, como también aprenderé el día en que escriba sobre la tapa interna de mi ataúd, en la oscuridad eterna: aquí no me quedo, me voy a conocer la luz del más allá”.

Elogio al fracaso

Muchas personas caen al agua buscando saciar sus deseos y de inmediato saben que en el fondo está lo que quieren. El problema es que una parte de estas no saben nadar y perecen. Otras intentan ir por su deseo hasta el fondo y cuando llegan se les acaba el oxígeno y mueren. Algunas personas que logran contener oxígeno al no poder alcanzar su deseo vuelven a la superficie. De estos, rendidos unos pocos, desisten y solamente se quedan flotando en el fracaso, otros en cambio intentan de nuevo y vuelven al fondo y se dan cuenta que su deseo es tan pesado que no lo pueden llevar a la superficie, de estos, casi todos deciden regresar a flote y se dan por vencidos.

Pero, hay un pequeñísimo número de personas que, al darse cuenta de que no es posible sacar su deseo, se quedan habitando el agua, resisten hasta el último hálito de oxígeno saliendo a superficie y volviendo a entrar hasta que a fuerza de costumbre les salen branquias detrás de las orejas, permitiéndoles respirar en el agua y así estar junto a su deseo; sin embargo, no logran sacarlo a flote y a pesar de los cambios en su cuerpo se sienten impotentes.

Luego, las personas con branquias sienten un deseo insoportable de salir a la tierra y se dan cuenta que no

pueden respirar sobre esta, pues sus pulmones están llenos de agua, y deben permanecer bajo superficie, pero deciden quedarse a pocos milímetros del exterior deseando poder respirar el aire, y es allí cuando encuentran a los fracasados que se han quedado flotando, y los desean porque estos tienen aire en sus pulmones. Pues no hay quien haya tocado fondo, cambiado su vida y alcanzado algún deseo, que pueda encontrar el sentido de la vida, sin la ayuda de quienes han fracasado tras la ilusión de un deseo profundo.

Misión animal

Miguel permaneció tres años en Argentina culminando sus estudios doctorales. Extrañaba a su madre y a su viejo perro Camel, que según sus familiares gimió y aulló un mes entero por su partida. La víspera de Navidad una llamada lo despertó. Su madre estaba enferma y era grave, le habían desahuciado. Organizó lo que pudo y gestionó el viaje, solo logró conseguir el vuelo en una semana. Oraba por su madre y le pedía a Dios tiempo para verla viva. Por fin, el día del viaje, con ansiedad llegó a su casa. ¡Bendito sea, su madre le recibió con un beso! Camel, había muerto hace dos días.

El extraño

Aún recuerdo el día, en mi juventud, que de la casa que estaba frente a la mía salió un joven encorvado y se paró en la esquina de su jardín, un poco después de verle, empezó a moverse para atrás y para adelante agitando vigorosamente su cuerpo. Algo me quería decir, pero solo podía mover su cuerpo.

Un par de años después, el joven siguió saliendo con sus manos disciplinadas tomando sus muslos y agitando su cuerpo con fuerza para atrás y adelante, algo me quería decir, pero no sé qué era.

Muchos años después de haberle dado la vuelta al mundo y regresar a la casa de mi madre, vi que el hombre seguía saliendo a la esquina de su jardín, le asomaban algunas canas, pero su rostro seguía inmutable y no había gota alguna de sudor que transpirara por sus sienes a pesar del rutinario esfuerzo. Algo me quería decir, pero aún no sabía qué.

Ya estoy viejo, y mi vida después de tantas vueltas parece estacionarse en la casa que fuera de mi madre, sigo dando un vistazo religiosamente a mi ventana, antes de tomar mi café, para ver a mi amigo posarse sobre su área de veinte centímetros cuadrados, ubicado en paralelo a la cuarta tabla de la cerca, la única que se encuentra rota. Este día, ha salido con su suéter de

algodón de colores andinos y su pantalón de pana que sujeta con sus manos mientras agita su cuerpo como de costumbre, se mueves 655 veces sobre su eje, así lo ha hecho cada día desde el primer momento en que lo vi, este número coincide exactamente con las horas que la luna le da la vuelta a la tierra, y ahora creo que mi amigo, si es que así le puedo llamar a alguien que ya no es un extraño. Por fin se empieza a comunicar.

La cura

La cura que me estoy buscando es realidad.

Frankie Ruiz

¡Pom! ¡Pom! ¡Pom! Golpearon a la puerta. Los tres nos miramos.

–¿Quién podrá ser? En cuarentena nadie debe estar en la calle –dije yo.

Era Patricia, la presidenta de la Junta de Acción Comunal.

–Hola profe, ¿si sabe que los de la planada no tienen que comer?

–Me lo imaginé, ¿qué podemos hacer?

–Lo de siempre, vamos a hacer una brigada de apoyo, recogemos comida a los viejitos y les cocinamos... ayúdeme con el auto a llevarles algo allá abajo. No hay como ir.

La solicitud me motivó, no tenía problema, pero mi esposa, al enterarse de la idea: puso el grito en el cielo:

–¡Vos sos güevón! ¿No sabes que nos podemos infectar? ¿Y luego qué? Siempre le has ayudado a la comunidad, pero ahora tenés que pensar en tu familia.

Yo pensaba en la canción: “ Que dilema tan grande se presenta en mi vida  ella tiene razón... y yo también”.

–Alguna salida tenemos que buscar, yo no me puedo quedar quieto, sabiendo que hay gente afuera con hambre –dije con vehemencia.

–Siempre la ha habido y antes no has hecho nada.
–Me respondió hábilmente–.

–pero ahora es diferente, hay menos “rebusque” y vos sabes que si todos piensan igual a esa gente nadie la ayuda.

–¿y si te coge la policía y te chanta tu comparendo?
¡Después no vengas acá llorando que te toca pagar “la multa de las empanadas”!

Se refería a ese pobre viejito que multaron por vender empanaditas en la calle.

Al rato, mi esposa me dijo:

–¿Ya sabes que alguien tiene la cura?

–¿Cómo así?

–Si, un tal jeque árabe la tiene, yo creo que él diseñó el mal y la cura a la vez y bueno, ya te imaginarás... La gente rica ¿qué es lo que más quiere? – Me preguntó.

–¡Pues más plata! –Le dije.

–Sí, pero también exterminar a medio mundo para que la plata no se vaya en los pobres como nosotros.

Esa declaración me dio escalofrío.

–Uuuuummm no sé.

Esa noche me quedé pensando si realmente ya había una cura y tanta gente carcomida por ese mal.

A la mañana siguiente, me llamó el Chamo, mi mejor amigo del barrio.

–Pana, ya estamos trabajando con doña Patricia...
¡Lo necesitamos!

–Déjame cuadro unas cosas y les caigo. –le susurré en voz baja.

Entre chocholeos y caricias le dije a mi amor:

–Te tengo una propuesta.

–¡Que no sea nada de salir a la calle! –respondió con clarividencia.

–Pérate un momentico, déjame te cuento la idea. Anoche encontré una forma de cuidarme del mal. Además, no voy a estar más de dos horas fuera.

Seguí recitando varias medidas que había planeado. Ella sabía que no me rendiría, al final aceptó, advirtiéndome:

–¡Pero nos tienes que traer algo rico de afuera... ¡y ya sabes!

El primer viaje lo hicimos a la invasión, varios vecinos habían donado pacas de arroz, frijoles, azúcar y hasta unas menudencias. ¡Bendita solidaridad! La

primera casa era de una viejita, doña Eduviges quien nos pagó de una: con un Dios le pague y sus ojos humedecidos de gratitud. Hinchidos del corazón proseguimos, siete casitas más de triple y lata que en fila bordeaban un montículo de roca antes de llegar al río Aguacatal.

La labor fue perfecta, en menos de dos horas estaba en casa, bañándome y dejando atrás mi traje.

Al caer la noche, mi esposa me comentó:

–Ahora sí, ya descubrieron la cura

–¿Sí?, qué bien, ¿cuál es?

–Dicen que, en la Biblia, que debe estar en todas las casas, se encuentra un pelo entre las hojas. Este se debe coger y hervirlo, sin nada más. Te tomas el agua y Dios te ha curado: ¡tienes la salvación!

–Pero mujer, ¡si aquí somos ateos! No hay una sola Biblia en esta casa: ¡estamos condenados!

–Así es, tú lo has dicho...

Al día siguiente, en otro asentamiento de la parte alta de Patio Bonito llevamos comidas preparadas para unos viejitos y unas madres solteras con sus hijos. Los niños y niñas en la calle, como si nada pasara, nos recibieron y comían en la puerta de sus casas. No había comedor, eso era lo de menos.

En la noche, con los compas y lideresas, creamos un grupo de Facebook para subir videos y solicitar

apoyo. Frente a la casa de doña Marta teníamos el fogón con todo, el Chamo nos traía la leña y llevaba la comida para él y su vieja.

Mi esposa me llamó e insistió: ponele un fin al tema. No te podés quedar pa' siempre. Entre más días estés, te podés contagiar del mal... pensá en nosotras. Esas frases me calaron y decidí quedarme solo un día más.

Fuimos a una cuadra de mi casa, por atrás, bajando la loma hacía el río Aguacatal, no conocía el sector.

–¡Cómo había crecido el barrio! –pensaba.

En esa zona, un niño pequeño, de una casucha, nos recibió el mercado, al rato salió una mujer enojada y nos dijo:

–¡yo no soy cualquiera para que vengan a darme comida de segunda!

Nos tiró el mercado. Me dolió en el corazón; sin embargo, seguimos y varias casas más adelante todos recibieron.

Llegué a la noche y mi familia no estaba, me habían abandonado. ¿O yo las había abandonado a ellas? Maldije mi suerte e intenté por todos los medios localizarlas, no fue posible.

Al siguiente día, Patricia y el Chamo me rogaron que les ayudara, había varias familias sin comida desde hace varios días. No pude negarme, solo dos

horas y me voy a buscar a mi familia, pensaba, me dispuse ayudar; pero me esperaban las situaciones más extrañas que jamás había vivido. Antes de salir de la casa, la chapa se dañó y tardé una hora en abrir, como si algo o alguien no quisiera que saliera.

Los compas me esperaban, rápidamente empezamos a cargar la comida en el “pichi”, un Spring que “con una escupa andaba”. Subimos al sector los lotes junto al Centro Cultural y dejamos algunos mercados. Al rato, un pinchazo.

– La madre que estoy curao –exclamé.

Rápido me despinché y comimos pan con salchichón y agua de panela, recogimos más mercados y salimos a hacer el recorrido con la guía de un mapita que me habían hecho, porque dicen que si no te sabes ubicar terminas perdido en los bosques del Saladito.

Cuarenta viejitos teníamos en lista, varios no nos contestaron, nos pareció extraño, seguimos y nos quedaron diez cajas de comida, cuando bajamos por una de las calles junto a la cancha de fútbol un grupo de gente reunida.

–¡Qué es está pendejada! –dije en voz alta.

Una vecina había convocado a los viejitos en círculo de oración, disque para elevar plegarias en contra del demonio. Cuando llegamos decía:

–Así reza en las Santas Escrituras: que en el apocalipsis se levantará reino contra reino, habrá

cataclismos y un ser de mal, invisible a los ojos del hombre, irá de casa en casa exterminando a los impíos...

Paramos la cosa y les pedimos que volvieran a sus casas. Volvimos donde doña Marta para ayudar a lavar los trastes. Ya me sentía desgastado. Hice una pequeña meditación en mi mente: *Nam Myoho Rengue Kyo*, que me había enseñado un amigo budista para momentos de crisis.

En el barrio me movía como pez en el agua, pero salir a la ciudad era imposible, mi pico y placa no correspondía. Además, mis amigos y familiares decían no haber visto a mi familia. Mi esposa no contestaba el celular; fue cuando vi que mi hija subió una foto en Instagram, estaban en el hospital. Todo mi mundo se vino encima, declarando lo peor. Le escribí: hija, ¿cómo están? ¿por qué están allá? No me contestaba.

Mientras intentaba comunicarme con el hospital escuche en las noticias, emitidas en un viejo televisor en el escaparate de la tienda de la esquina, que por fin habían descubierto la cura.

—¿Dónde? ¿Quiénes la tienen? —pensé emocionado.

Decían que la descubrieron en Cuba y sí funciona. Esos cubanos son de la madre, pensé.

—Y ¿Cuándo la traen a Colombia? —Le pregunté a unos vecinos.

—Disque el alcalde la está gestionando porque

estudió allá, pero parece que el presidente no va a dejar porque la va a repartir el presidente Maduro. –dijeron.

–¡No seamos tan pendejos! Le dije con exaltación.

Como pude, me fui hasta el hospital, me multaron, pero no me importaba. No me dejaron entrar, me decían que el lugar tenía un alto nivel de contagio, que era de máxima peligrosidad.

Me quedé afuera del hospital, entretanto varias familias que se veía no tenían que comer ni a donde ir, esperaban afuera, yo me hice con ellas, nos pasamos la noche conversando y con un agua de panela que nos donó una vecina y unos panes que compré con lo poco que me quedaba, hicimos la vigilia y para aprovechar el tiempo les conté mi historia desde el momento en que Patricia tocó la puerta de mi casa, mientras esperaba alguna noticia de mi familia. Algunos enfermeros se hacían en la ventana y escuchaban mi historia.

Al siguiente día, salió un médico con varios enfermeros, que como si me conocieran me dijeron:

–¡Gracias!

Casi sin entender lo que decían, me anticipé:

–¿Cómo está mi familia? ¿Puedo verlas?

El medico me dijo:

–Sí. Ya están mejor. Usted tiene la cura.

–¿Yo?

–Si, usted, llevamos años tratando de erradicar el mal del egoísmo y la indiferencia. Y usted nos ha compartido anoche el principio activo de la solidaridad.

La vida de Jorge

En memoria del Ángaro

Teníamos frío y ansiedad, Miguel retaba nuestros nervios, siempre temerario y al borde del peligro, como si tuviera un pacto con el diablo, nunca le pasaba nada. Esa tarde del 19 de abril de mil novecientos setenta, nos encontrábamos en las “pilas”: un charco subiendo por Santa Rita, con un precipicio de treinta metros, que descolgaba del río, sus aguas burbujeantes invitaban a clavar.

–Ni loco me tiro de allá. – Dijo, Manuel, mientras Jorge estaba a punto de hacer su clavado espectacular.

Diana, la novia de Jorge, lo alentaba.

– ¡Loco, tírate ya! –.

Siempre le alababa sus peripecias.

Manuel, Diana y yo esperábamos su clavado para entrar al río. Jorge prefería ser el primero en tocar el agua haciendo un clavado. Habíamos venido del pueblo a conocer este charco en Cali, ya teníamos seis lugares en los que íbamos a clavar. A Manuel no le gustaban los números, en especial el siete, la superstición le decía que era mala suerte, por eso no se tiraba.

Jorge sacó pecho, movió las nalgas hacía atrás con ademán cantinflesco e impulsó su cuerpo hacía el cielo, como si quisiera tocar las nubes, ese salto nadie lo olvidaría. Cayó como un proyectil en picada gritando: Dianaaaaaa. Te amoooooooo. Para clavar sobre todo el centro del río. Segundos eternos y luego minutos, angustiaban nuestros corazones.

–Nos quiere matar este man –dijo Manuel.

No salía, no salía... Un presentimiento nefasto capturó nuestros cuerpos. Diana empezó a gritar:

–qué pasó loco, loco, loco... salí ya–.

Gritaba como loca, pero no era capaz de entrar. Manuel y yo nos zambullimos con ansiedad en el río profundo y helado, parecía comernos vivos. Llegamos al centro y encontramos una gran roca a tres metros de profundidad, buscamos y nada, salimos para respirar y abajo Diana arrastraba el cuerpo de Jorge que había salido a flote, a varios metros, enredado entre algas y botando sangre a borbotones. Corrimos y lo llevamos al hospital, no recuerdo como lo hicimos, solo sé que tirados en ropa de baño en un pasillo del hospital universitario esperábamos alguna noticia. Diana lloraba y decía:

–el loco, el loquito, ¿qué le pasó? este man se nos mató.

No lo pudimos ver, a los días supimos que era grave. Al caer, su cabeza se golpeó contra la roca de

forma contundente perdiendo la movilidad. Solo lo volví a ver a los tres meses, estaba paralítico y habían cambiado muchas cosas en este tiempo. Diana era de familia adinerada y había tenido que viajar a Europa a hacer sus estudios universitarios; Manuel, se fue a prestar servicio militar y yo me había venido a Cali a probar suerte. Logré conseguir un trabajo de botones en el Hotel Petecuy, con eso por lo menos podía pagar una piecita en San Nicolás y estar pendiente de Jorge; su familia de mucho billete se había venido para Cali y ahora viviendo en una casa en San Fernando, muy cerca al hospital, le hacían los cuidados necesarios.

Cuando lo vi, Jorge estaba medio dopado. Su cuerpo era lánguido y acabado como si una bruja le hubiese chupado las vísceras y hubiera dejado el pellejo.

Con ansiedad, me miró, entre sollozos, y me dijo:

–Sácame de Aquí Alberto. Me estoy volviendo loco.

–No puedo Jorge, te están cuidando... todo saldrá bien.

–Tráeme frijoles con chicharrón, me muero por comer algo de verdad.

Su estado me entristeció, aproveché la poca vigilancia de las enfermeras y le traje lo que me pidió. Le ayudé a comer y me fui, prometiéndole volver.

A los pocos días volví, me preguntó por los muchachos, por el Oso, por Manuel y Pipe. Le conté

que todos estaban bien y que lo esperaban. Siempre tenía los ojos rojos, parece que había estado llorando. Tenía una pregunta que se estaba guardando con ansiedad.

–¿Sabes algo de Diana? Me dijo en voz baja y entrecortada. No sabía que decirle.

–Viejo Jorge, creo que ella se fue, está en Suiza.

De su boca salió una exclamación de odio.

–¡per..ta!

Se puso a llorar y de inmediato llegaron las enfermeras a doparlo para que pudiera dormir. Mientras se desvanecía me apretaba la mano para que no lo dejara. Le prometí volver, diciéndole:

–De esta vamos a salir.

El fin de semana, pude visitarlo, estaba ansioso, a punto de llorar, con ganas de suicidarse.

–Alberto, amigo, ¿por qué putas me tiré?, ¿quién me mando a ser tan güevón? –Gritaba con rabia.

–Tranquilo mijo. –Era lo único que podía decirle.

Me pidió que me acercara y susurrándome al oído me dijo:

–Tráeme un revólver, lo necesito.

–¿Cómo se te ocurre? ¿Dónde voy a conseguir eso?

–Cianuro, algún veneno para rata. Por favor, te lo pido. Tienes que ayudarme. Tráeme algo mañana.

¿Sí? vos sos mi única salvación.

–Bueno. –Fue lo único que pude decirle, como para tranquilizar su ansiedad. Mañana nos vemos, no vas a hacer nada sin mí. –Le advertí y me fui tarde esa vez.

El lunes en mi trabajo pensé toda la mañana y no sabía qué hacer. Me acerqué al jefe de botones un negro de buen trato de dos metros de alto con una sonrisa blanquísima, oriundo de Buenaventura, llamado Absalón. Le conté mi situación y mientras me pelaba sus dientes dijo:

–Mi negro, eso tiene solución. –Saco una tarjeta blanca con bordes dorados que decía: *El Pájaro Rojo. Artículos de fino cuero solo para hombres*–.

–Llévelo allá y le resuelven el problemita.

Al siguiente día, en el Hospital Jorge me recibió con una pregunta:

–¿Ve, me trajiste lo mío?

–Ya lo conseguí, pero no lo pude entrar, en la puerta principal hay guardias que requisan y un detector de metales, porque en el otro piso hay unos “guerrillos” del M que cogieron y están aquí. Te toca esperar a que te lleven a la casa, allá te lo doy. Con esta falsa promesa intentaba ganar tiempo.

A los tres meses, cuando saldría del hospital, me llamó y me dijo que fuera a recogerle. Temía que siguiera con la idea del suicidio. Al verme insistió de nuevo:

–¿Me trajiste lo mío?

–Espérate. Ya te dije que no lo puedo entrar.

Salimos del hospital con su silla de ruedas, tomamos un taxi y le di la tarjeta al conductor que me miró de reojo y arrancó. Era el primer lugar fuera del hospital que visitaba Jorge. En poco tiempo entrábamos al lugar que con luz rojiza resaltaba las poltronas concéntricas que apuntaban hacia una pequeña pista, las paredes con vidrios recortados y fotografías de mujeres pucheonas con animales salvajes daban un ambiente de perversión. Al fondo, el barman repartía a los meseros el licor y mujeres con poca ropa y exuberantes movimientos se contoneaban de vez en cuando al ritmo de son montuno o del bolero. Me llamó la atención, una zona casi oscura en la que al perecer algunas mujeres departían con sus invitados sin querer ser molestados. Nos ubicamos cerca a la entrada donde cupiese la silla y pedimos unas cervezas. Mi corazón latía más rápido y no sabía qué decirle a Jorge, no fue necesario.

Al rato, llegó una india de cabellos largos hasta sus caderas y unos labios carnosos que resaltaban su rostro y acariciando la cara de Jorge le decía:

–hola papi, ¿quiere compañía?

Con la aprobación de Jorge, ella se le sentó encima, con toda confianza, le rozó sus labios en el cachete y le dijo:

–¿Mira, ve: eso de allá abajo si funciona?

Mi amigo tenía una parálisis hasta la cintura, pero no me había atrevido a preguntarle si todavía... le funcionaba; me sorprendí al ver el efecto contrario. Jorge se animó, a tal punto que solo vi como Shirley la india (como le conocían en el Pájaro Rojo) se lo llevó para un cuarto del fondo y me dejó en compañía de su amiga Sandra, una rubia peliteñida de cuerpo esbelto y hermoso con minifalda, que estimulaba mi imaginación.

Poco después, llegaba Jorge empujado por Shirley y con una sonrisa en los labios dijo:

–vámonos mijo, luego volvemos.

En el taxi le pregunté:

–¿Bien? –Y me dijo: –rebien, esa loca está rebuena.

Yo le conté de Patricia, la amiga:

–Esa mona está linda, ella me contó que ambas están recién llegadas, cada una tiene de a dos hijos y buscando mejores vientos llegaron a Cali. Me gustaría volver, –le dije.

Esa noche no pude dormir, el Pájaro Rojo no era como los “metederos” del pueblo: de bombillo y cortina roja, en los que se veían mujeres ajadas por el tiempo, sin expresión en el rostro, sin esperanza en sus ojos, solo con una voz envejecida tiraban piropos sin carnada a quien pasase.

A los meses de frecuentar el Pájaro Rojo, Jorge estaba más tranquilo. A veces le acompañaba después de las terapias rutinarias que le hacían para no perder músculo o las curaciones para impedir las carachas que se podrían volver úlceras de carne viva si no se cuidaban. Eso le sucedió a Jairito, otra persona con discapacidad que conocí por Jorge y que vendía lotería Junto al Cinema Sucre, quien se llenó de gusanos en las nalgas y aun así salía a vender la suerte.

Mi amigo estaba flaco y ojeroso, algo le estaba haciendo daño, frecuentemente le daba diarrea. Lo llevé a hacer unas pruebas de una enfermedad nueva que había llegado al país y como si fuera un premio gordo, que pocos se ganan, de nuevo le tocaba a Jorge, tenía Sida. El pobre maldecía al Pájaro Rojo y yo me sentía culpable. Decidí dejarlo, no pude volver a verlo, me sentía responsable y lo mejor era no llevarlo a otra desgracia.

Unos meses después, el 23 de abril el día de San Jorge, me sentía mal por haber dejado a mi amigo, justo cuando más me necesitaba, no sé si las coincidencias existen o fue una premonición, pero ese día me llegó una carta de él en la que decía que siempre me querría, que estaba a punto de morir y deseaba verme por última vez. De inmediato, lo visité y lo que encontré no era el Jorge que yo conocía: había cambiado, extrañamente se veía radiante, no como yo esperaba

encontrarlo. Según me dijo, hacía las terapias con disciplina, había decidido vivir sus últimos meses con plenitud, estaba más gordo y vestía con ropa holgada y fresca y lo que más me sorprendió es que tenía una novia, era Shirley, a la que vi muy diferente a las noches del Pájaro Rojo, era, también, su enfermera. No entendía, me explicó que el Sida lo había obtenido de una transfusión del hospital y que Shirley lo había salvado del suicidio, por eso era su amor y de paso su enfermera. En ese momento pensé en Absalón con su sonrisa de blancos dientes, en definitiva, me había ayudado o mejor le había ayudado a Jorge. Después de una cena riquísima en la que compartimos los tres, recordando viejos tiempos. Me entregó un paquete y me pidió que cumpliera sus últimos deseos.

A las pocas semanas murió y gente de todo el pueblo vino a despedirlo, algunas personas que no conocía le daban su último adiós, con oraciones que nunca había escuchado pronunciando extrañas palabras en otros idiomas y con gratitud por un hombre que en su vida había dado muestra de valentía y coraje. Yo había comprado el ataúd, tal como decía en el paquete que me entregó: sin barniz. Con marcadores y crayones a todos los asistentes se les pidió escribir las palabras que quisieran; al final, el ataúd terminó decorado con frases, dibujos y gran color. Además, la música que le gustaba a Jorge, la guitarra de Santana y la andina de los Kjarkas, a coro cantamos con alegría, no parecía

un velorio, era una fiesta, como me lo había pedido. Después de cremado, sus cenizas se depositaron en la caja que contenía sus últimos deseos, esta fue llevada a su amado pueblo Zarzal y en el solar de la vieja casa, se sembró con ellas un árbol de manga que según escuché a sus familiares, era protegido por una perra labradora llamada Diana, a los años brotaba con gran carga dando de comer a muchos.

Juanchito

Una tarde, el ulular estridente de una bandada de pájaros negros surcaban el cielo sin nubes. Doña Gertrudis, habitante del río Cauca en su rancho junto al puente de Juanchito, al escucharlos, decía:

–No me gusta ese chillido, me dan un mal augurio.

Estas palabras pasaron al olvido de su sobrina Clarita. Era noche de Changó y esperaba verse con su Héctor, el amor de su vida. A tan solo dos cuerdas de su casa, se encontraba la discoteca: un salón inmenso con bolas brillantes y poltronas de metro y medio concéntricas a mesitas abarrotadas de licor. Esa noche la luz tenue y el daño de algunos focos hacían del ambiente una oscura noche iluminada por el sonido. El lugar era un bunker, un mundo abstraído del exterior, se podía estar toda la noche y nunca ver llegar el día, no era necesario saber qué pasaba afuera, adentro todo era ritmo, baile y son.

Clarita pasaba la noche solo con agua, contoneándose al son de los ritmos de origen africano y caribeño. Mientras descansaba de bailar un bubbaloo, tocó su bolsillo y encontró un escapulario, dejado por su abuela. En ese instante, vio a su amiga Amparo, una despampanante mulata que hipnotizaba con el rápido movimiento de pies, era tan veloz que pocos

le seguían el paso, por eso la llamaban “arrebato”. El lugar estaba lleno, en los 24 bafles que cubrían el lugar con su espectro resonante se escuchaba la música a todo dar. Esa noche hacía mucho calor, parecía que los extractores estuviesen dañados, un olor extraño cubría el lugar.

Al rato, en la pista bailaba solo, un hombre blanco como la luna, de rasgos finos con ojos verdes y sombrero de pana y un reloj que brillaba al ritmo de las luces de Changó. Sin descansar movía las caderas como los negros lo saben hacer. Muchos estaban expectantes por saber cuál era su mesa, nadie sabía con quién vino, tampoco había recuerdo alguno de su entrada al lugar.

Mientras Clarita tiraba paso con su Héctor, Amparo le puso el ojo al extraño y dijo:

–Por fin un parejo digno de esta noche.

Desde su puesto empezó a bailar, retando al hombre que parecía no verla, el zapateo de Amparo y la atención de las otras parejas hicieron inevitable el contacto entre los dos. Pronto, el hombre le tendió la mano y ella aceptó, sintiendo un cosquilleo en la espina dorsal, le hizo algunos pases a ritmo de son yoruba.

Amparo atraída por el extraño se perdía entre sus ojos, y el movimiento hacía que la fricción aumentara, en tanto un olor extraño salía del suelo y algunas personas atraídas por el espectáculo empezaron a dudar, “un hombre blanco con movimientos de negro: ¿no puede

ser!”. Obnubilados por el baile sentían la emoción a mil, ya no había calor, una placidez orgásmica los deleitaba.

Amparo le dijo al extraño:

—¿Cómo te llamas?

No hubo respuesta. Solo el baile que cada vez era más veloz.

La música no paraba. Al parecer se había dañado el equipo pues de una canción seguía otra sin espacio para descansar. Congas, timbales y campanas estremecían la pista. Amparo cansada, estaba sujeta como un pedazo de metal en un gran imán. Habían pasado varias canciones, en un momento sintió que se deslizaba sobre el piso, pero el baile seguía. Atónitos los espectadores veían cómo el desconocido bailaba sin cansarse. Pero el ambiente se encontraba enrarecido, algo extraño sucedía.

Empezaron a escucharse comentarios: ese hombre no es de aquí, murmuraban algunos.

El olor se hizo cada vez más fuerte y alguien empezó a ver que el piso tenía agua.

Cuando el Héctor, intentó ir al baño, gritó:

—¡Jueputaaaaa nos inundamos!

De inmediato, se escuchó una horda de cuerpos saliendo despavoridos sin control, Clarita gritó:

—¡Mi abuela! recordándola, tomo el escapulario y llamé a gritos a su Héctor, mientras veía que en saltos acrobáticos la gente saltaba entre las poltronas.

Amparo logró desprenderse del extraño. Su corazón agitado, la mente turbada y el agua en los tobillos, no le permitían reaccionar para salir, lo único que recordó fue el padrenuestro. Debilitada por el baile y confundida por los gritos, no podía caminar, pues sus zapatillas se resbalaban con el agua enlodada que ya pasaba a la rodilla. El extraño, después de una breve ausencia regresó por Amparo, la montó en su espalda y salió con ella, de inmediato volvió por Clarita que lloraba con el agua en sus muslos, toda la noche, salió y entró llevando a cuestas a cuanta mujer pedía socorro, incluso un par de hombres horrorizados fueron ayudados por él, quien resultó ser un negro albino llamado Ancizar, el que esa noche logró ayudar a mucha gente. Una de las que no se pudo salvar fue Doña Gertrudis, que vio el nivel del río Cauca sobrepasar su palafítico hogar, el que se había empecinado a no abandonar desde que llegó desplazada de Buenaventura, y en su digna resistencia, fue arrebatada por una oleada que borró de tajo su existencia. No la doblegaron los paramilitares, pero si las aguas que tienen memoria y reclaman sus tierras, llenando aljibes y alcantarillas que rebozaron y entraron a las discotecas, como lo hacen cada año, en época de lluvias sobre la margen del río en la que

osadamente el hombre construye castillos de la rumba junto a la pobreza invisible bajo el puente de Juanchito.

Pese a lo sucedido, esto se ha borrado de la memoria de los lugareños. Nada se dice de las familias que viven bajo el límite del Jarillón, solo la necesidad de encender la rumba y los intereses económicos hicieron que se cambiara la noticia de ese día: el 6 de marzo, día de la santa ceniza, mientras el sol había salido para evaporar el agua y los muertos se los llevaba el río, los periódicos contaban que en Juanchito el diablo había bailado, porque no hay rumba más buena que la de Changó.



Este libro se terminó de imprimir a los 99 años
del natalicio del educador Paulo Freire.

Otros títulos de la colección

Caléndula blanca
Mauricio Collares

Antología rota.
Selección de cuento
latinoamericano
Pablo Di Marco y
Karolina Urbano (comp.)

El tambor de la memoria gira
Mauricio Collares

12 puertas
Nikai Igaido

Cómo hablar de lo indecible
con alguien imposible
Karolina Urbano

En pocas líneas Jhon logra recrear mundos conocidos que reposan en los recuerdos de infancia, lo que los ojos pueden ver en un día común o lo que alguien nos contó que le había pasado a una vecina... Muchas emociones que te dejan batido, satisfecho, incrédulo, divertido, pensativo y compasivo. En este libro se encuentra una mezcla de humanidad que a todos nos pertenece y en la que todos podemos encontrar un pedazo de nuestras almas.

Anna Kiara Fontana

*Educadora y escritora
Padova, Italia*

Aquí se juntan las palabras y te las sirven como creo se debe convidar, siempre la Literatura: como el café tinto, que paladeas a sorbos cortos y en cualquier lugar, para finalmente, dejarte el eco de un sabor, que te acompañará por un buen rato en el camino.

Luis Enrique Amaya

*Escritor
Lima, Perú*

Los relatos de Jhon Jairo nos seducen con la calidez, la soltura y la líquida transparencia de un brebaje caleño. Las dimensiones concisas de sus frases constituyen el recipiente preciso de expresiones, sucesos y mensajes que no escatiman en profundidad y belleza. El autor vierte en este trabajo las muestras de su talento para diluir, a través del lenguaje, los intersticios que separan lo cotidiano y lo fantástico, para hacer de la palabra la sustancia en la que se saborean las múltiples texturas del tiempo.

Carlos Revilla

*Antropólogo y escritor
El Alto, Bolivia*

